ACADEMIA DE FARMACIA DE GALICIA

Sesión de la Farmacia Gallega en la Historia

FARMACIA BALTAR DE PADRÓN

200 años de antigüedad

Presentación a cargo de los Académicos:

DR. D. J. SANTIAGO SANMARTÍN MÍGUEZ

PROF. DR. D. JOSÉ MIÑONES TRILLO

Santiago de Compostela
14 de diciembre de 2016

© Academia de Farmacia de Galicia
Imprime y edita: NINO-Centro de Impresión Digital
Rosalía de Castro, 58
Santiago de Compostela
Maquetación: Miguel A. Suárez
ISBN: 978-84-946451-0-5
Depósito Legal: C 2245-2016

ÍNDICE

PRÓLOGO 5

PRESENTACIÓN 7

FARMACÉUTICOS DE LA FAMILIA BALTAR DE PADRÓN PERTENECIENTES AL SIGLO XIX 11

D. José Baltar Varela 15

D. Ángel Baltar Varela 25

D. Ernesto Baltar Cortés 39

FARMACÉUTICOS DE LA FAMILIA BALTAR DE PADRÓN PERTENECIENTES A LOS SIGLOS XX Y XXI 51

D. Manuel Baltar Santaló 53

D. Oscar Baltar Montero 63

D. Oscar Baltar Bescansa 83

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL COF DE A CORUÑA 91

INTERVENCIÓN DE OSCAR BALTAR MONTERO 95

PRÓLOGO

José Miñones Trillo
Académico emérito de número

Cuando Oscar Baltar me comentó que este año se cumplía el 200 aniversario de su Farmacia de Padrón, inmediatamente me vino a la memoria el recuerdo del 150 Aniversario de la Facultad de Farmacia de Santiago, celebrado en el año 2007 con múltiples actos conmemorativos, entre los que sobresalió con luz propia, porque perdurará en el tiempo, la publicación del libro "De Pharmaceutica Scientia", que recoge la historia de la Facultad desde sus inicios en 1857. Pensé entonces que podría ser interesante relatar, en base a este libro, las vivencias de los sucesivos titulares de la Farmacia Baltar a lo largo de sus años de licenciatura en la Facultad compostelana; conocer sus planes de estudio, recordar a sus profesores, las costumbres de la época, las diversiones, las anécdotas, y todo lo que pudiera ser interesante y digno de ser contado. Para ello necesitaba la colaboración del Dr. D. J. Santiago Sanmartín, que había sido el coordinador del citado libro y autor de la parte histórica correspondiente al siglo XIX, y además debería contar también con el beneplácito de la Junta de Gobierno de la Academia

de Farmacia de Galicia para la realización de una sesión conmemorativa de este evento. Conseguidos ambos objetivos, no esperaba que el Dr. Sanmartín iba a delegar en mí la responsabilidad de exponer las vivencias en la Universidad de Santiago de los últimos tres titulares de la Farmacia Baltar, con el pretexto de que, al haber compartido con Oscar Baltar los mismos años de licenciatura, era yo el que mejor conocía los acontecimientos de esa época. Esta es la razón por la que un físicoquímico como yo me encuentre en este momento transfigurado en historiador, sin haber tenido ningún contacto previo con la metodología del relato histórico, ni con sus modos de redacción, tan distintos a los de las ciencias experimentales. Por ello, pido disculpas por esta suplantación, y pese a que tengo muchas dudas de salir vivo de este intento, acepto complacido la responsabilidad recaída, por la estima que le tengo a toda la familia Baltar.

PRESENTACIÓN

J. Santiago Sanmartín Miguez
Académico correspondiente

En esta publicación derivada de la sesión que la Academia de Farmacia de Galicia dedica a la Farmacia Baltar de Padrón con motivo de su bicentenario, se ofrece en primer lugar el relato que se me ha encomendado acerca de las vivencias de los tres primeros farmacéuticos de la familia Baltar, cuya vida universitaria transcurrió a lo largo del siglo XIX. Se trata de D. José Baltar Varela (1787-1862), que fue el iniciador de la dinastía y primer alcalde electo constitucional de Padrón; de D. Ángel Baltar Varela (1827-1895), sobrino del anterior y alumno de la primera promoción de licenciados en Farmacia de la Universidad de Santiago. Fue, igual que su tío, alcalde de Padrón y fundador de la Biblioteca de la que hacían uso frecuente sus amigos Rosalía de Castro y su esposo Manuel Murguía. El tercer farmacéutico de ese siglo fue D. Ernesto Baltar Cortés (1863-1928), quién da nombre a la plaza en la que se sitúa la farmacia. Su hermano Ángel fue un célebre cirujano en Santiago y su otro hermano, José, fundó la farmacia Baltar en Noya.

El Prof. D. José Miñones Trillo se ocupa de relatar las vivencias durante su paso por la Universidad compostelana de los otros tres continuadores de la dinastía, pertenecientes al siglo XX (los dos últimos también al siglo XXI). D Manuel Baltar Santaló (1897-1981) ejerció su profesión junto con su esposa, Dª Pilar Montero Montero, a la que conoció en la Facultad de Farmacia, siendo ambos compañeros de estudios. Fue el que más años desempeñó su profesión: 53 años. Su hijo, D. Oscar Baltar Montero (1939-), le sucedió como titular en 1981, a la muerte de su padre. Estudió la licenciatura en la misma época que el Prof Miñones- segunda década de los años cincuenta y primera de los sesenta- por lo que sus vivencias universitarias son comunes y, consecuentemente, su relato es más extenso que el dedicado a los demás miembros de la familia, ya que al haber vivido personalmente los hechos, los conocen mejor. D. Oscar Baltar Moreno es el promotor de la celebración del 200 aniversario de la farmacia y el conservador del legado histórico familiar.

Desde el año 2009 el titular de la farmacia es su hijo D. Oscar Baltar Bescansa (1979-), el último de la saga familiar (por ahora), y en cuyo apellido confluyen dos generaciones de gran tradición farmacéutica: los Baltar de Padrón y los Bescansa de Santiago de Compostela. Es el bastón en el que descansa su padre, al que le sacó un peso de encima organizándole con rotundo éxito los actos del 200 aniversario de la farmacia celebrados el pasado 3 de octubre en Padrón.

La publicación remata con la intervención del Presidente del Colegio de Farmáceuticos de A Coruña, D. Héctor Castro Bernardino, y el agradecimiento de D. Oscar Baltar Montero en nombre de toda la familia.

Tanto el Prof. Miñones, como yo mismo, agradecemos al Dr. José Luis Fidalgo Rodríguez su callada y sufrida labor de búsqueda, retoque y encuadre de las múltiples imágenes que figuran en la publicación, así como de la adecuada ordenación del texto, condición previa al depósito de la obra en la imprenta.

Por último, hacemos votos para que esta publicación sea bien acogida por todos, esperando que constituya un recuerdo imborrable y un motivo de orgullo para la extensa familia Baltar.

FARMACÉUTICOS DE LA FAMILIA BALTAR DE PADRÓN PERTENECIENTES AL SIGLO XIX

J. Santiago Sanmartín Miguez
Académico correspondiente

El origen, el inicio de toda historia surge siempre por mutación o modificación de algún elemento de su tramo anterior. Los ejemplos son infinitos. En el *Homo erectus*, el giro del dedo pulgar hacia el índice, posibilitando la pinceta, mudó la dirección evolutiva de aquel en la dirección del *Homo habilis*. En la terapéutica, los descubrimientos de Pasteur y Koch modificaron la historia de la enfermedad infecciosa. Hay mutaciones muy, muy rápidas y otras que suceden paulatinamente. De ambas existen infinidad de ejemplos y modos. ¿A cuento de que viene todo esto? Pues que en la historia que nos ocupa sucedió algo así. En la familia Baltar hubo una mutación, en principio casual, que ha determinado su devenir en los últimos 200 años, o por decirlo de otra forma, a lo largo de seis generaciones, mutación que ha afectado a decenas de personas y que ha condicionado, en mayor o menor medida, el modo de vida de esta estirpe padronesa.

D. JOSÉ BALTAR VARELA

(1787-1862)

Si no resulta nada arriesgado afirmar que la guerra de la Independencia trastocó –en ocasiones de forma dramática- la vida de una buena parte de los españoles, en el caso de José Baltar podemos añadir que condicionó la suya y la de su descendencia a lo largo -de momento- del largo periodo ya apuntado. Al igual que tantos otros, el joven padronés que encabeza este relato se incorporó a filas para combatir al francés en los primeros años del conflicto. Como no tenemos constancia del modo en que se alistó, no nos cuesta nada tirar de romanticismo y suponer que lo hizo de forma voluntaria en el Batallón Literario que en 1808 salió de Compostela para incorporarse a las tropas del general Blake.

El chico, nacido en 1787, había llegado a Santiago el año anterior para iniciar sus estudios de Derecho influido por Francisco Antonio Baltar, su padre, que ejercía de escribano en la villa natal. No es difícil comprender, que si bien echaba de menos su entorno y las comodidades de su vida familiar, la estancia en Compostela le estaba resultando extremadamente agradable. Enseguida hizo amigos y participaba con ávido interés y la discreción propia del novato en las acaloradas tertulias juveniles que se suscitaban en torno al ministro Godoy, al monarca, al príncipe Fernando y a las pretensiones y maniobras napoleónicas. Sería porque el ambiente español de la época impedía dejar de tomar partido en cuestiones políticas, y ayudaría también que los estudios de leyes no llegaron a entusiasmarle, y le empujaría igualmente un temperamento inquieto y aventurero, el caso es que estaba inflamado de espíritu patriótico y fue de los primeros en engrosar las filas de la milicia escolar constituida en Santiago tras la invasión francesa. Participó con entusiasmo en la instrucción que durante dos meses recibieron los reclutas y el amanecer del 18 de julio lo encontró despierto, buen rato antes

de que sonara el toque de diana. Los nervios de la partida y el inicio de la aventura patriótica, no le dejaron dormir más.

Bien sabemos que la fortuna no sonrió al batallón estudiantil en la medida que su entusiasmo pronosticaba y que dos años más tarde, tras mil y una peripecia, el batallón fue disuelto y sus agotados integrantes licenciados y devueltos a sus lugares de origen. Pero la experiencia había calado demasiado hondo en el joven Baltar y el seductor reenganche no se retrasó más que unas pocas semanas, las obligadas tras un reparador permiso en Padrón. Y aquí es donde comienza el giro histórico al que aludíamos al comenzar: la historia farmacéutica de los Baltar, en definitiva. Porque José fue incorporado a la Farmacia del Ejercito Nacional hasta su licencia definitiva del servicio. Resulta difícil, a partir de aquí, seguir sus pasos de cerca, pero hay una circunstancia que reseñamos sin dudarla: fue ahí, en el seno de la milicia donde comenzó su vinculación con la profesión, donde la conoció, le cogió gusto y cultivó. Y aunque resulte imposible seguir su recorrido trazo a trazo, sí podemos señalar los hitos fundamentales de su andanza, sobre todo aquellos que interesan a nuestro relato.

Desde muy pronto, por iniciativa propia o por necesidades del servicio, se le adscribe a la Unidad de Farmacia, y tras marchar con ella empujando al ejército invasor de vuelta a Francia, se le destina al Ejército del Norte, en el que vivirá los últimos años de la guerra. Así que por una u otra razón, se encontró convertido en ayudante de Farmacia Militar. Ahí fue, hay que repetirlo, donde encontró su nicho profesional, donde aprendió el oficio y donde comenzó a amar la actividad que habría de desarrollar durante el resto de su nada corta existencia. Y no sólo eso, fue en el seno de la farmacia militar donde aprehendería los principios morales que

necesariamente deben acompañar a todo sanitario de larga trayectoria como fue José Baltar; tan, tan larga, que se habría de proyectar a lo largo de, al menos, seis generaciones y algo más de 200 años.

En 1813, se le destinó a Elgoibar (Guipúzcoa) y en algún momento de su servicio se le sabe a cargo de la farmacia del hospital militar de Bilbao. Pero aunque se le llamase y considerase farmacéutico, José no estaba todavía en posesión del título que le habilitaba para regentar de modo definitivo una botica. Cierto que al amparo del ejército nadie iba a ponerle pegas para desarrollar ese cometido; la praxis profesional en los primeros años del XIX era más que laxa. Pero esto no iba a durar toda la vida. José Baltar no era un militar de carrera, de vocación. Se había alistado para algo muy concreto y este episodio tocaba, afortunadamente para la patria, a su fin. En Vitoria se libró la batalla definitiva y el francés desapareció de la Península

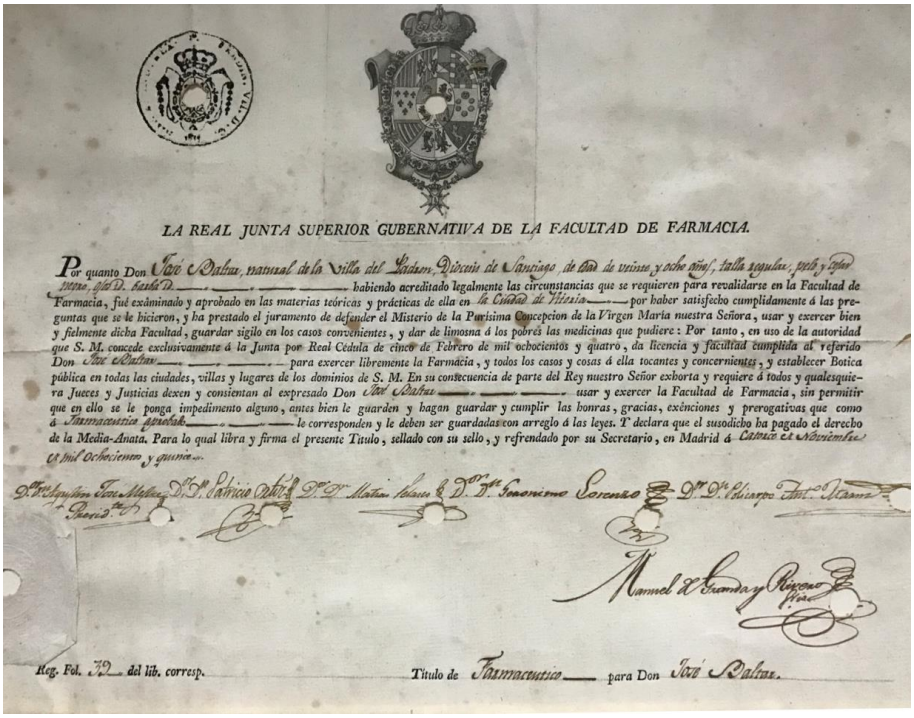
Punto final a la guerra, punto y aparte para José. A estas alturas ya tenía claro que no iba a volver a Santiago a proseguir sus estudios de Leyes. Había vivido demasiado para reconvertirse a los 25 años en estudiante de primer año, y sobre todo, había encontrado una profesión que le llenaba mucho más que la inicialmente propuesta. Cumplía ahora culminar el camino emprendido. Para ello se hacía preciso continuar un poco más de tiempo en el ejército y aprovecharse de una de las muchas oportunidades que una guerra puede ofrecer, por más que sea triste expresarlo de este modo. La oportunidad de José Baltar tenía que ver con la facilidad para conseguir el título oficial de farmacéutico. Veamos.

Para obtener esta licencia era obligatorio, desde 1805, cursar los correspondientes estudios en los Colegios de Farmacia que hasta esa fecha habían iniciado su andadura en Madrid, Barcelona,

Sevilla y Santiago. No eran todavía estudios universitarios, para eso faltaba aún medio siglo, pero se acercaban a ello. Sucedió, sin embargo, que a causa precisamente de la guerra los citados colegios suspendieron su actividad entre 1808 y 1814, de modo que quienes en ese momento deseaban obtener el título, podían acogerse a la normativa anterior que partía de las Ordenanzas de Farmacia de 1800, una Cédula o disposición del año 1801 y unas nuevas Ordenanzas de 1804. La mencionada de 1801 establecía que fuese la Junta Superior Gubernativa de Farmacia quien concediese los títulos. Y esa fue, justamente, la oportunidad que vislumbró Baltar para hacerse con la licencia y encauzar su futuro laboral. Los tiempos muertos en la guerra -y en la paz- dan para mucho –si se aprovechan, claro-, y el "veterano" los había aprovechado para darle vueltas y forma a una idea concebida ya al poco de aterrizar en la farmacia militar: montar botica propia cuando aquella vorágine concluyese. El caso es que se decidió a pasar el examen en Vitoria ante un tribunal que, a falta de catedráticos farmacéuticos por mor de la guerra, estaría compuesto por tres boticarios alaveses nombrados por la Junta. El otro requisito para la obtención del título, el haber practicado durante dos años con boticario examinado, lo tenía sobradamente cumplido en su aprendizaje en la castrense Unidad de Farmacia. Y así fue, el 14 de noviembre del año 1815, a los veintiocho de edad, José Baltar, de estatura media y pelo negro, según reza en la descripción que se lee en el propio documento, recibió el título de Farmacéutico aprobado, que le habilitaba para poner botica "en todas las ciudades, villas y lugares de los dominios de S. M.", es decir, en cualquier lugar del Reino.

Con el título en el bolsillo, el flamante boticario podría haber decidido ya regresar a su villa natal, no obstante, por circunstancias que desconocemos y que en principio no nos interesan

demasiado, continuó vinculado a la milicia. Así lo acredita un pasaporte firmado por el general San Juan, que nos informa de que en 1816 formaba todavía parte del Ejército del Norte, su ejército, áun en calidad de auxiliar de farmacia.



LA REAL JUNTA SUPERIOR GUBERNATIVA DE LA FACULTAD DE FARMACIA.

Por quanto Don José Baltar, natural de la villa del Padron, Diocesis de Santiago, de edad de veinte y ocho años, talla regular, pelo y cejas negro, ojos D. barba D. ——— habiendo acreditado legalmente las circunstancias que se requieren para revalidarse en la Facultad de Farmacia, fué exâminado y aprobado en las materias teóricas y prácticas de ella en la Ciudad de Vitoria ——— por haber satisfecho cumplidamente á las preguntas que se le hicieron, y ha prestado el juramento de defender el Misterio de la Purisima Concepcion de la Virgen María nuestra Señora, usar y exercer bien y fielmente dicha Facultad, guardar sigilo en los casos convenientes, y dar de limosna á los pobres las medicinas que pudiere: Por tanto, en uso de la autoridad que S. M. concede exclusivamente á la Junta por Real Cédula de cinco de Febrero de mil ochocientos y quatro, da licencia y facultad cumplida al referido Don José Baltar ——— para exercer libremente la Farmácia, y todos los casos y cosas á ella tocantes y concernientes, y establecer Botica pública en todas las ciudades, villas y lugares de los dominios de S. M. En su consecuencia de parte del Rey nuestro Señor exhorta y requiere á todos y qualesquiera Jueces y Justicias dexen y consientan al expresado Don José Baltar ——— usar y exercer la Facultad de Farmacia, sin permitir que en ello se le ponga impedimento alguno, antes bien le guarden y hagan guardar y cumplir las honras, gracias, exénciones y prerogativas que como á Farmacéutico aprobado ——— le corresponden y le deben ser guardadas con arreglo á las leyes. Y declara que el susodicho ha pagado el derecho de la Media-Anata. Para lo qual libra y firma el presente Título, sellado con su sello, y refrendado por su Secretario, en Madrid á Catorce de Noviembre de mil ochocientos y quatro.

Reg. Fol. 79 del lib. corresp. Título de Farmacéutico para Don José Baltar.

Título de Farmacéutico de José Baltar

Poco había de durar ya su servicio en el ejercito del rey, puesto que en ese mismo año obtuvo la licencia y se trasladó definitivamente a Padrón para establecer su propia botica, en el mismo solar donde había de permanecer, al menos, durante los siguientes 200 años; es decir, hasta hoy. Como en todo negocio nuevo, los inicios profesionales del nuevo boticario no debieron ser fáciles, aunque tampoco especialmente penosos. Tengamos en cuenta que

traía consigo una formación muy superior a la que debían mostrar en aquel entonces sus competidores locales. Ocho años en el ejército en el servicio de farmacia, instruido por maestros experimentados y nutrido por el aporte suplementario de conocimientos novedosos que suponía haber ejercido en diferentes lugares de la geografía española, en una época en la que la información viajaba a pie, o con suerte en diligencias, le harían figurar –y ser- en Padrón un profesional especialmente reputado.

Desde luego, la época en la que le tocó ejercer la profesión es especialmente rica en novedades farmacológicas. Unos años antes, concretamente en 1804, se había dado con la verdadera tecla de la terapéutica. Expliquémonos. Hasta entonces se sabía que tal o cual planta –hoja, tallo, raíz o flor- ejercía una determinada acción curativa, pero se ignoraba con precisión dónde, en cuál de los componentes del vegetal radicaba tal poder. En 1804 el farmacéutico parisino Carlos Derosne aisló el alcaloide morfina de la planta del opio. Tres años después, Serturner describía sus sales. Bastaba con eso, dar con la sustancia específica; el resto de la planta, sobraba. ¡Se había dado con el principio activo! A partir de aquí los objetivos se simplificaron. Había que buscar el principio activo de las medicinas; de todas las medicinas. Y los científicos se pusieron manos a la obra. Los primeros que se aislaron fueron alcaloides. Cinconina (1810), estricnina, colchicina, quinina y cafeína (entre 1818 y 1820), atropina (1831), codeína (1832), cocaína (1855), pilocarpina (1875)… A los alcaloides los acompañaron los glucósidos, el primero la dafnina, lo aisló en 1817 Nicolás Louis Vauquelin.

¡Y más aún! Es en la época de ejercicio de José Baltar en Padrón cuando se inició la síntesis de productos químicos. No ya su extracción de la naturaleza, sino su obtención a partir de sustancias más sencillas –según acertada acepción del DRAE-. Observe-

mos que se trata del proceso inverso al que acabamos de ver para el aislamiento, que en realidad es una deconstrucción de la sustancia. Ahora se trata de su construcción, acontecimiento que tuvo lugar, por vez primera, deliberada y exitosa en 1828, cuando Friedrich Wöhler sintetizó en su laboratorio la urea, primer compuesto químico –y orgánico- que se obtuvo artificialmente, A partir de aquí se inició, en serie aún no interrumpida, la síntesis de sustancias que conforman lo que en la actualidad tiende a conocerse como farmacia química, o sea, la que se obtiene en el laboratorio sin necesidad de ir a buscarla por el mundo adelante. Además -¡cómo no!-, se necesitaba disponer de fármacos de mayor eficacia que los que proporcionaba la naturaleza, y los objetivos que acaparaban la atención de los investigadores –o sea, la demanda de la población enferma- eran aquellos que afectaban, sobre todo, a los estados de dolor. Hipnóticos, analgésicos y anestésicos locales se convirtieron en los más buscados medicamentos de la segunda mitad del XIX e inicios de la centuria siguiente. Sin desechar otros, por supuesto. Se obtuvo el hidrato de cloral en 1832, con lo que la anestesia iniciaba un camino que habría de ser capital en el tratamiento del dolor y en la práctica quirúrgica, y que hallaría su principal vía de desarrollo tras la aplicación de cloroformo en 1847, aunque la sustancia en sí ya había sido sintetizada 13 años antes.

José Baltar no podía ser ajeno a la llegada de todas estas novedades. En cuanto los médicos prescriptores las demandaron, las introdujo con celeridad en su botica, que al mismo tiempo –como sus competidoras- continuaba siendo tributaria de la vieja tradición galenista que buscaba en la naturaleza la provisión de remedios farmacológicos. Su sabio quehacer y su rango académico le llevaron a ser nombrado subdelegado local de farmacia, encargado de regis-

trar a todos los licenciados que se instalaban en Padrón con ánimo de ejercer.

Pero sus inquietudes no terminaban en la botica. Probablemente su paso por el ejército le aportó un bagaje social y unas cualidades organizativas que unidas a la tendencia liberal que solía atraer a los boticarios de la época, le llevaron a ser elegido el primer alcalde constitucional electo de Padrón, cargo que ejerció entre 1837 y 1845.

Una vida rica y fecunda la del primer Baltar boticario, fallecido en 1862 a los 75 de edad. No fecunda en descendencia de sangre, pero sí en sucesores profesionales, el primero su sobrino Ángel, hijo de su hermano Juan. De él nos vamos a ocupar en las páginas que siguen.

D. ÁNGEL BALTAR VARELA

(1827-1895)

El segundo de los Baltar fue, al menos en un par de aspectos un número uno, un auténtico pionero, y en uno de ellos su preeminencia trasciende el ámbito familiar para serlo en la historia general de la profesión, al ser el primer licenciado -siquiera nominalmente- en la Facultad de Farmacia de Santiago. Es cierto que para que esta circunstancia se produjese jugó a su favor el orden alfabético de las letras de su apellido, de modo que si en aquella primera promoción hubiese cursado un Abelenda, un Abente, un Álvarez o un Baleiras, Ángel Baltar no habría sido el primero de la lista. Pero el caso es que lo fue.

La segunda de las características de este segundo Baltar boticario acompaña inseparablemente a la anterior: fue el primer Baltar farmacéutico universitario. En efecto, la incorporación de la profesión a este rango no se produjo hasta 1845, cuando el ministro Pidal decretó la creación de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central (Madrid), Barcelona y posteriormente las Granada (1850) y Santiago (1857). Justamente ese primer año, el ya no tan joven Ángel Baltar, sobrino de José, se matriculó para cursar los novedosos estudios que le iban a proporcionar no pocas satisfacciones.

Nos cabe una duda que los archivos no podrán resolvernos. ¿Esperó anheloso el joven padronés a que se pusiera en marcha la nueva facultad en la vecina Santiago o se decidió a estudiar esta carrera precisamente por esto último? En general las decisiones importantes suelen responder a varias motivaciones, y a Ángel no le faltaban. La primera y más importante es que tenía buena parte del camino ya desbrozado por la brillante carrera de su tío en la botica de su localidad. Además, había casi mamado la profesión. Su tío no tenía hijos, por lo que los sobrinos seguramente los suplantaron tanto en el aspecto afectivo como vivencial. No es difícil ima-

ginar al chico admirar el mágico quehacer del hermano de su padre en su laboratorio destilando líquidos de singular olor, machacando plantas hasta convertirlas en ungüentos o fabricando píldoras que tenía absolutamente prohibido siquiera tocar bajo peligro de muerte. A falta de respuesta a nuestra duda, movámonos entre certezas. Ángel Baltar cruzó el zaguán de Fonseca para su primera clase de Materia farmacéutica animal y mineral en la Facultad de Farmacia el sábado 2 de octubre de 1858. Anteriormente había cursado ya el preparatorio en la Facultad de Ciencias, de modo que el mundo universitario le era ya familiar.

¿Qué se encontró Ángel al iniciar sus estudios universitarios? En primer lugar un nuevo plan de estudios procedente de la llamada Ley Moyano. Sus dos primeros años en la Facultad de Ciencias incluían asignaturas que anteriormente se impartían en la ampliación de estudios de secundaria en la rama de ciencias. También se encontró con un personaje que habría de tratar con frecuencia en el futuro y que no era otro que el eminente químico Antonio Casares, sin duda alguna una de las personalidades más importante en el ámbito científico gallego de la época y pilar de la generación del 98 en este campo, junto con Cajal, Echegaray o el también gallego Rodríguez Carracido. Y se encontró con ocho compañeros con los que iba a compartir sus siguientes e inolvidables cuatro años de pioneros en la licenciatura de farmacia en Santiago.

Empecemos por lo primero, por el plan de estudios. Puede llamarnos la atención y parecer una contradicción que el plan Moyano establezca ocho años de estudio para obtener la licenciatura y que se hubiese licenciado en 1862, es decir, cinco años después de iniciarla. La realidad es que la normativa académica no ponía trabas

a la agrupación de asignaturas en un mismo año siempre que se respetasen las preceptivas incompatibilidades. También se permitía la simultaneidad del curso académico con la práctica privada en una oficina de farmacia bajo la tutela de un farmacéutico titulado, tal como sucede en la actualidad.

PLAN MOYANO - 1857
Primer año
Química **Historia Natural** Ambas materias se cursaban en la Facultad de Ciencias y equivalían a la Química General la primera, y a una introducción a la Botánica, Mineralogía y Zoología la segunda.
Segundo año
Aplicación de la mineralogía y la Zoología a la Farmacia, con su Materia farmacéutica correspondiente
Tercer año
Aplicación de la Botánica a la Farmacia, con su Materia farmacéutica correspondiente
Cuarto año
Farmacia químico-inorgánica **Farmacia químico-orgánica**
Quinto y sexto años
Práctica privada en una botica Podía simultanearse con los cursos anteriores. Una vez completado este período de aprendizaje académico y práctico, se recibía el **grado de Bachiller**.
Séptimo año
Práctica de las operaciones farmacéuticas y Principios generales de Análisis químico
Octavo año
De nuevo había que realizar la Práctica privada y concluidos y aprobados estos estudios se recibía el **grado de Licenciado**.

Ángel Baltar fue –también nominalmente- el primer bachiller de la recién estrenada facultad, y es que una vez superado el

llamado sexto año el alumno obtenía el grado de Bachiller en Farmacia, que le habilitaba para el ejercicio de la profesión en ciudades de menos de 5.000 habitantes. Constituía en sí misma una titulación importante, tengamos en cuenta que en esa época había muchas poblaciones con un número de habitantes menor y por lo tanto, con el título en la mano, las posibilidades de establecerse eran elevadas. Esta titulación desapareció en 1870.

LOS BACHILLERES

D. Angel Baltar Varela, D. Eugenio Bastos Lamas, D. Isidro Cobas Pascual, D. Marcial Fernandez Losada, D. Francisco Gil Villanueva, D. Adrian Lorenzo Arranz, D. Luis Novoa Lopez y D. Lauriano Sole Gomez recibirán la investidura de Licenciado en la facultad de Farmacia el dia 26 de Octubre de 1862 á las 12 de la mañana, en el PARANINFO de esta Universidad.

El Bachr D. Adrian Lorenzo Arranz leerá un discurso sobre el tema siguiente:

Lógica química ó las series orgánicas.

El Padrino D. D. Antonio Casares, Catedrático de química general y Decano de la facultad de ciencias, y los graduandos suplican á V. se sirva honrarles con su presencia.

INVITACION DE LA 1.ª PROMOCION DE LICENCIADOS EN FARMACIA

CURSO 1861-1862

Relación de la primera promoción de licenciados en Farmacia 1861-1862

Cuando uno piensa en los estudiantes de épocas remotas tiende a preguntarse por las diferencias que habría entre su vida universitaria y la que cada cual ha conocido, bien por protagonista o como testigo. Pues efectivamente las había, y no eran pocas,. Aunque las similitudes tal vez eran mayores. El día a día del alumno de la facultad consistía en al menos un par de clases por la mañana, de hora y media de duración cada una de ellas y a cuya asistencia se estaba obligado. No se permitían más de 15 faltas anuales si la asignatura era diaria, ocho si se daba en días alternos o cuatro si era menos frecuente. Sobrepasarlas suponía la comunicación de las mismas al tutor del alumno (normalmente su padre) y la exclusión del examen.

La mecánica de las clases respondía siempre al mismo esquema. En primer lugar el profesor pasaba lista y anotaba las faltas, que eran muy infrecuentes. A continuación se preguntaba a los alumnos respecto a contenidos de la clase o clases anteriores o a corrección de deberes dictados. Luego, la mayor parte del tiempo el profesor lo dedicaba a la explicación de la materia y sólo en los últimos minutos intervenían los alumnos solicitando aclaración de dudas.

Cada dos meses, el profesor estaba obligado a emitir un dictamen acerca de cada alumno en el que se consignaba la inteligencia, el talento, la laboriosidad y la conducta de cada uno de ellos en ese periodo. Suponemos que los dos primeros parámetros no debían sufrir apenas variaciones a lo largo del curso.

El calendario escolar no sufrió apenas variaciones a lo largo de todo el siglo XIX. El curso comenzaba el primer día de octubre con un acto académico de gran solemnidad en el que por turnos de las distintas facultades, uno de sus profesores pronunciaba la lla-

mada oración inaugural, en realidad una lección magistral sobre el tema de su especialidad. Ese mismo día se entregaban los premios otorgados en el curso anterior. Al día siguiente comenzaban las clases, que ya hemos dicho se daban casi todas en horario de mañana. El primer día los alumnos presentaban al profesor la cédula de la matrícula y pasaban a ocupar su asiento correspondiente, previamente asignado y que sería fijo para el resto de las clases y curso. Asimismo debían exhibir el libro de texto recomendado por el profesor, que sería la fuente de estudio obligada. La práctica de tomar apuntes y estudiar por ellos era totalmente ajena a la costumbre escolar. El alumno escuchaba –o no- atentamente al profesor, y estudiaba por el libro. El curso se prolongaba hasta el 15 de junio y a continuación tenían lugar las pruebas de curso, que se repartían durante el resto de ese mes y el siguiente. Los días no lectivos eran los domingos y festivos, onomásticas y cumpleaños del rey y la reina y el día de difuntos. Las vacaciones de Navidad se prolongaban desde el 23 de diciembre hasta el dos de enero; las de Semana Santa sólo comprendían desde el Miércoles Santo hasta el Domingo de Pascua; y era festiva, además, la Pascua de Pentecostés. Los exámenes extraordinarios comenzaban el día 15 de septiembre y a él podían concurrir los suspendidos en el ordinario, los no presentados o quienes deseasen subir nota.

Pocos exámenes parciales debió sufrir Ángel Baltar a lo largo de su carrera. Cuando el número de alumnos era tan restringido los profesores hacían valer el seguimiento directo que hacían sobre sus conocimientos de la asignatura. Sin embargo, las pruebas finales eran obligatorias: al menos una por asignatura y otra por cada grado. El reglamento de Corvera del año 1959 establecía que el tribunal examinador debía estar compuesto por tres profesores: el titular de la asignatura y otros dos propuestos por el Decano. Este tribu-

nal interrogaba por espacio de diez minutos al alumno y no podían formar parte de él profesores que hubiesen dado clases particulares sobre la materia. Durante todo el periodo de carrera de Ángel Baltar, las preguntas se sacaban a suerte de entre todas las del programa. Los exámenes eran públicos y podían llevar aparejados ejercicios prácticos, lo que obligaba a disponerse en el aula, además de una pizarra, los aparatos oportunos señalados por el tribunal.

Y además tuvo que superar los exámenes de grado de bachiller y de licenciatura para optar al correspondiente título. De nuevo ante un tribunal de tres miembros que al final, tras la pertinente y tortuosa –para el alumno- deliberación, emitían el veredicto: reprobado, aprobado, medianamente aprovechado o sobresaliente. A partir del curso 1868-69 se redujeron a tres: reprobado, aprobado y sobresaliente.

"Asistirán todos los Profesores y Decano de la Facultad, así como los doctores y personas que quieran convidar los graduandos. Este será introducido en la sala por su padrino, que deberá ser un Catedrático de la Facultad, el cual le presentará pronunciando una breve oración. El candidato subirá a la tribuna a leer un discurso que verse sobre algún tema de la Facultad, previamente revisado por el Rector o delegado suyo.

Concluida la lectura, se acercará a la presidencia, pondrá la mano sobre los Santos Evangelios y el Secretario de la Facultad preguntará: "¿Juráis por Dios y los Santos Evangelios profesar siempre la doctrina de Jesucristo señor Nuestro, creyendo y defendiendo nuestra Religión, única y verdadera como lo enseña la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana?. El candidato contestará: Sí juro. Volverá a decir el secretario: "juráis sostener el dogma de la Inmaculada Concepción de María Santísima como siempre ha sido sostenido y respetado por nuestros mayores" "Si juro". "Juráis por Dios y los Santos Evangelios obedecer la Constitución de la Monarquía, ser fiel a la Reina Dñª. Isabel II y cumplir con las obligaciones del grado de Licenciado en Farmacia que se os va a conferir? Si juro Y el presidente dirá: "Si así hacéis que Dios os lo premie, sino, os lo demande; y además seréis responsable en el ejercicio de vuestro cargo con arreglo a las leyes".

Acto seguido el graduando hará la Presentación de la fe; y en segunda se acercará al Presidente que le conferirá el grado en estos términos:

"Haciendo uso de la autoridad que me está confiada, y en nombre de S.M. la Reina Isabel II (Q.D.G.), os declaro Licenciado en la Facultad de Farmacia por haber considerado los Jueces del examen que sois digno de este honor". El licenciado pronunciará una oración de gracias y saldrá de la sala acompañado del padrino y los bedeles"[97].

Acto protocolario de recepción de grado de licenciado

Una vez superada la prueba del examen, Ángel Baltar participó en una solemne ceremonia de otorgamiento de título que su hijo Ernesto, también licenciado en la misma facultad, ya no vivió, ya que se suprimió en 1868. Se trataba de un acto sumamente protocolario, pero también colorista y festivo. Se anunciaba en la prensa y pasquines que costeaban los propios alumnos. En cuadro adjunto se describe pormenorizadamente la ceremonia.

En cuanto a sus profesores, Ángel Baltar pudo presumir de haber sido alumno, sobre todo, de Antonio Casares, el químico de mayor prestigio de su generación. Pero Casares no sólo fue un profesor de privilegio en la carrera de Ángel Baltar y de sus compañeros, sino el hombre encargado de poner en marcha, nada menos, que el engranaje de toda una facultad universitaria de nueva creación. En él pensó el ministro Moyano para la misión y a tal efecto le nombró decano provisional, cargo que desempeñó hasta 1861, es decir, durante la mayor parte de los años de carrera de la primera promoción. Fue sin embargo el flamante decano Forn quien presidió el acto de fin de carrera de los primeros licenciados. Además de diseñar la nueva facultad y dirigirla, Antonio Casares fue profesor de varias asignaturas que sin su versatilidad académica no hubieran podido cursarse por falta de profesorado cualificado.

Pero si Antonio Casares era un crack, hubo al menos otros tres docentes que podían considerarse de primera división y que cubrieron por vez primera el terreno virgen de sus correspondientes cátedras. Fueron Antonio Mallo en Materia farmacéutica vegetal, Salustiano Aseguinolza en Química inorgánica y Jaime Forn en Práctica de operaciones farmacéuticas. El resto del equipo docente surgió de profesores de secundaria a los que se promocionó provisionalmente para impartir las asignaturas de cátedras vacantes. Y

cuando no había donde pescar, pues se volvía a echar mano de Casares con la confianza de que con él todo iría bien.

Antonio Casares
Primer decano de la Facultad de Farmacia de Santiago

Con todo esto, Ángel Baltar fue cumpliendo año tras año con su cometido de alumno y se plantó en el mes de octubre de 1862 a defender ante el tribunal que le tocó en suerte sus conocimientos de licenciatura. Y salió airoso. Junto a sus compañeros tuvo la enorme satisfacción de recibir el título de Licenciado en Farmacia que unos meses más tarde exhibiría en su botica de Padrón, casi al mismo tiempo que su tío, mentor y modelo dejaba este mundo dejando tras de sí una estirpe de boticarios que él poco podía imaginar que se prolongaría tan allá en el tiempo.

EL MINISTRO DE FOMENTO

Por cuanto

Por tanto, de orden de S. M. la Reina expido este Título en virtud del acto de la autoridad para que obtenga los honores, prerogativas y demás en los términos que previenen las leyes y reglamentos vigentes.

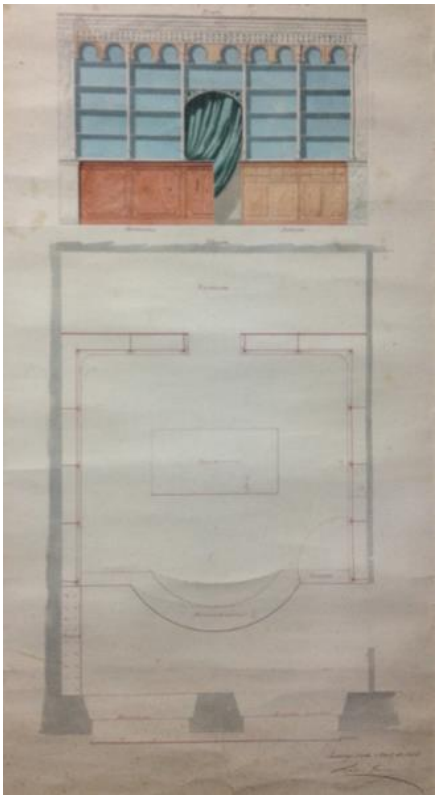
Dado en Madrid á

TÍTULO DE

Título de Licenciado en Farmacia de Ángel Baltar

Ya en su botica, en el ejercicio profesional que se proyectó a lo largo de más de 60 años, Ángel Baltar tuvo que sentir la desesperación de comprobar como la praxis terapéutica andaba bastantes pasos por detrás de la aprendida en las aulas. El caso era que en Galicia –y en España entera- persistía el conservadurismo farmacológico tradicional. La polifarmacia estuvo muy presente en las recetas extendidas. Se continuó abusando de las purgas drásticas y la sangría continuó siendo un recurso de primera elección. Los alcaloides –la gran aportación del periodo, como ya vimos- se incorporaron con lentitud a las prescripciones en Galicia, ahora sí en franco retraso respecto a los centros sanitarios más vanguardistas del país. Situación paradójica, en fin, y quién sabe si no exponente también de la eterna frustración de la medicina ante la ausencia de rotundas soluciones en buen número de situaciones patológicas.

Como persona vanguardista que era y que ya hemos visto demostró en su vida académica, apreció que la vieja botica del tío José se había quedado obsoleta. Además de las necesidades de espacio que reclamaban los nuevos tiempos, el despacho al público clamaba por un cambio de imagen que lo adecuarse a los gustos estéticos de la época. Así pues, en 1875 procedió a anexionar a la propiedad de la vieja botica unas construcciones familiares adyacentes, que tras una serie de derribos y nuevas construcciones ampliaron tanto el laboratorio como el almacén, la rebotica y el espacio de despacho al público. Este último lo decoró con un mueble de madera de estilo neomudéjar, tan caro a la adaptación nacional que la corriente historicista había traído a la arquitectura y a las artes decorativas en el XIX. Parte de todo el moblaje que hizo construir Ángel, continúa prestando servicio en la actualidad en la farmacia Baltar.



Plano de la remodelación proyectada por Ángel Baltar

Su vivienda la dispuso en el piso superior, como era –y es- por otra parte frecuente entre los boticarios de localidades de pequeño y mediano tamaño, de modo que la vida profesional y la privada tendían a fundirse. Eso sí, dejando también un poco –o un mucho- de tiempo para la actividad ciudadana, que en el caso de Ángel fue muy activa, simultaneando, al igual que su tío, la ta-

rea en la farmacia con la presidencia del consistorio padrones y la subdelegación local de farmacia.

Ángel Baltar fue un hombre ilustrado, de marcadas inquietudes intelectuales. Prueba de ello es la nutrida y rica biblioteca que reunió y que actualmente custodia el Museo do Pobo Galego de Santiago por donación de sus descendientes. No era infrecuente ver en ella consultando fondos al matrimonio formado por Manuel Muguía y Rosalía de Castro, amigos del boticario. Dejó además un valioso archivo documental que hoy se puede consultar en la padronesa Fundación Rosalía de Castro. Era, además, buen amigo del ingeniero John Trulock, abuelo del Nobel Camilo José Cela y director de las obras de construcción del ferrocarril Santiago de Compostela-Carril por la West Galicia Railroad Company. En prueba de esa amistad, Trulock regaló a Ángel Baltar varios ejemplares del botamen de la farmacia de las obras del ferrocarril.

A diferencia de su tío José, Ángel sí tuvo descendencia. De sus tres hijos varones, dos fueron farmacéuticos –Ernesto y José- y el otro, Ángel, cirujano. A Ernesto le correspondió la farmacia familiar; José montó botica en la también coruñesa villa de Noia. Cuando Ángel murió, su hijo Ernesto hacía ocho años que se había licenciado en la misma facultad de Santiago. Corresponde ahora repasar la vida académica y profesional del tercero de los Baltar boticarios.

D. ERNESTO BALTAR CORTÉS

(1863-1928)

Al nuevo aspirante a farmacéutico le aumentaron sin miramientos los años de carrera. Si en planes anteriores se permitía la matrícula y cursado masivo de asignaturas, el de Lasala de 1880 lo limitó de hecho y amplió de nuevo a un mínimo de cinco años la duración de los estudios de Farmacia. La clave estaba en, cito textualmente: "la extensión de los ejercicios prácticos según lo reclamaban los conocimientos experimentales de la Facultad de Ciencias. Se requería una mayor atención a los trabajos de laboratorio y operaciones prácticas con cierta prolongación de años de carrera".

Su plan de estudios fue el llamado de Lasala y Collado, de 1880, breve en su recorrido, porque cuando Ernesto se licenció, en 1887, llevaba ya un año vigente el siguiente, el de Montero Ríos. El plan de Lasala retornó a la obligatoriedad de la asistencia a clase para poder presentarse a examen, obligatoriedad que había estado minimizada en planes anteriores.

Cada asignatura se impartía diariamente durante todo el curso, de modo que el alumno asistía obligatoriamente a no menos de cuatro horas en el curso preparatorio, que se impartía en la Facultad de Ciencias; tres horas en el segundo, y alrededor de hora y media en los tres últimos cursos. Además, las tardes se ocupaban en un buen número de horas de laboratorio. Ya en esta época se contemplaban como obligatorias y de extraordinario valor las Prácticas Tuteladas en oficina de farmacia, que solían realizarse durante el último año.

Plan de estudios Lasala y Collado de 1880
PERIODO PREPARATORIO (FACULTAD DE CIENCIAS)
Primer curso
Ampliación de la Física Química General Historia Natural
PERIODO DE LICENCIATURA
Segundo curso
Materia Farmacéutica Vegetal Materia Farmacéutica Mineral y Animal
Tercer curso
Farmacia Química Inorgánica
Cuarto curso
Farmacia Química Orgánica
Quinto curso
Ejercicios prácticos de determinación de plantas medicinales y reconocimiento de drogas Práctica propia de las oficinas de farmacia
PERIODO DE DOCTORADO
Análisis químico aplicado a las Ciencias Médicas Historia de las Ciencias Médicas

En general entonces, como ahora, el inicio de la carrera suponía para los alumnos un considerable shock de dificultad. Mediaba un considerable abismo entre las exigencias a las que los chicos estaban acostumbrados en los institutos y las que se encontraban al enfrentarse a los estudios de Farmacia. Para los alumnos un shock y para los docentes una anual desesperación. Amén de la deficiente formación, estimaban que eran juzgados con excesiva benignidad en el examen de grado de Bachiller, y para rematar la faena, en el año preparatorio para el ingreso en la Universidad, las materias se daban en exceso condensadas. Se ponía como ejemplo

el estudio de la Historia Natural, que para las tres ramas se encargaba a un solo profesor en una misma asignatura, cuando lo deseable era que cada una de ellas se estudiase por separado y con un profesor especialista en la materia (vegetal, mineral o animal). Singular carencia se observaba en los conocimientos de Botánica. De esta forma, eran muchos los alumnos que accedían a la facultad sin siquiera saber identificar las partes de una flor ni el sistema sexual de Linneo, y en general con gravísimas lagunas en organografía y taxonomía vegetales.

La Física era la asignatura que tradicionalmente había llevado de cabeza a los alumnos en aquella época. Buena parte del problema radicaba en la deficiente preparación en esta materia que los alumnos traían de sus estudios de bachillerato. Los profesores se quejaban de la pérdida de tiempo que suponía explicar conceptos que se debían haberse aprendido en aquellos y de los que en la realidad los alumnos no tenían ni idea. Ya en el año preparatorio que se cursaba en la Facultad de Ciencias, lo que se suponía que era una Ampliación de Física –título oficial de la asignatura-, se convertía –al menos durante todo el primer trimestre- en una imprescindible introducción a la Física, para entrar en materia específica a la vuelta de las vacaciones de Navidad. Esto ocasionaba que al final no hubiese tiempo para completar el programa de la asignatura. Pero también en Matemáticas andaban en general flojos, y esta era una dificultad que enlodaba constantemente a los alumnos en las asignaturas de segundo y tercer curso.

Otra de las deficiencias que se detectaban, y que hoy llamaría la atención, estribaba en la ignorancia del Latín, que los estudiantes precisaban tanto para sus estudios de licenciatura como para su posterior tarea profesional, tanto para la consulta de trata-

dos y farmacopeas clásicas como para la interpretación de buen número de recetas que todavía se redactaban en esta lengua.

En algo sí había acuerdo general entre profesores y alumnos, y se trata de un criterio que todavía hoy persiste en buena parte del ámbito farmacéutico. Me estoy refiriendo a la idoneidad del objetivo y desarrollo de la licenciatura. En un informe de 1881, los profesores de la facultad señalaban que era preciso equilibrar el conjunto de conocimientos que adquiría el Licenciado tras recibir el título que lo habilitaba para la práctica de la profesión, en ese momento inclinado –como lo estaba desde la creación de la carrera- hacia el lado de la química, al tiempo que lo dotaría de argumentos más eficaces para su práctica más habitual: la oficina de farmacia. A este respecto el informe consideraba que los alumnos terminaban la carrera, vuelvo a reproducir textualmente "nutridos de extensos conocimientos en química y conocedores de sus varias teorías, así como prácticos en la obtención de alcaloides, que pocas veces o ninguna realizarán en sus establecimientos, y pisan luego en los campos plantas de suma importancia en medicina y no las conocen". En definitiva, la vieja discusión acerca de los objetivos y contenidos de la carrera estaba ya madura en el último tercio del XIX.

Entre los profesores que tuvo Ernesto Baltar hay que mencionar a Rafael Esteban, que le examinó de Materia farmacéutica vegetal, a Salustiano Aseguinolaza, de Química Inorgánica, a Eduardo Talegón de las Heras, que le dio clases de Orgánica, y al compostelano Cecilio Neira Núñez, hombre de ciencia abierto a los novedosos modelos basados en los pesos atómicos por contraposición al antiguo sistema de equivalentes y que impartía la Práctica de operaciones farmacéuticas. En su último curso en la facultad, Ramón Agelet y Casanoves dictó la lección inaugural en la que disertó sobre Los progresos de la Botánica en relación con los de la taxo-

nomía, una conferencia a la que Ernesto asistiría con interés, no en vano el orador podía ser su profesor de "Ejercicios prácticos de determinación de plantas medicinales y reconocimiento de drogas" el año de su licenciatura. O tal vez lo fuese Jerónimo Macho de Velado, catedrático de la misma asignatura y uno de los profesores de más marcada personalidad y tendencia de cuantos le dieron clase a Ernesto. Macho estaba fuertemente condicionado por una formación tomista que impregnaba en buena medida su visión del mundo y de la ciencia. Señalaba la Biblia como el manual más acertado en la concepción de la Historia Natural y el relato de la Creación como verdadera y única explicación del origen de las especies, en contra de las recién llegadas teorías evolucionistas.

EL MINISTRO DE FOMENTO

POR CUANTO D. Ernesto Baltar y Cortés natural de ... provincia de La Coruña de edad de veintiocho años ha acreditado en debida forma que reune las circunstancias prescritas por la actual legislación para obtener el Título de Licenciado en Farmacia, y hecho constar su suficiencia ante la Universidad de Santiago en 20 de Junio de 1887.

Por tanto, de orden de S.M. EL REY D. Q. D. G. y en su nombre la REINA REGENTE DEL REINO expidió este Título para que pueda gozar libremente la profesión de farmacéutico en los términos que previenen las leyes y reglamentos vigentes.

Dado en Madrid á veintinueve de Julio de mil ochocientos noventa

El Jefe del Negociado — En nombre del Sr. Ministro EL DIRECTOR GENERAL — Firma del interesado

TÍTULO DE Licenciado en Farmacia á favor de D. Ernesto Baltar y Cortés

Registro general del Negociado de Títulos folio 1 núm. 2.

Registro especial del Negociado correspondiente folio ... núm. 3814

VÁ SIN ENMIENDA

Título de licenciado de Ernesto Baltar

Ernesto Baltar se incorporó en 1887 a la botica familiar, primero compartiendo actividad con su padre, con el que laboró durante ocho años y después ya él solo. Su periodo de vida profesional estuvo preñado, como casi todos, de importantes incorporaciones al campo de la terapéutica. Señalemos algunas para contextualizar su época. Ya he apuntado que el dolor -el malestar, en general- casi más que ninguna otra percepción, ha sido la que ha movido con mayor fuerza la maquinaria investigadora en materia terapéutica. El éter, el cloroformo y la morfina, aislados ya en la primera mitad del siglo XIX, permitían anular o minimizar el dolor en casos extremos, pero siempre a cambio de otro tipo de malestares o estados de confusión casi siempre indeseables. Había que afinar más y conseguir fármacos de utilización reiterada, eficaces y no incapacitantes, contra fiebres y dolores menores. Ernesto Baltar, desde su botica padronesa, fue testigo de los hitos más importantes de esta ansiosa búsqueda. Se sabía, por puro empirismo, que de la corteza del sauce se obtenían preparaciones que conseguían atenuar los estados febrífugos. Con el bagaje de conocimientos ya adquiridos, se trataba entonces de entrar en la intimidad de dicha corteza para averiguar dónde radicaba la capacidad antipirética. En un primer momento se extrajeron la salicina (glucósido) y la saligenina (alcohol) y más adelante la salipirina y el salicilato de fenilo. Bien, todos estos productos parecían contener la deseada fuerza antifebrífuga, pero determinada intuición o tal vez alguna esperanza insatisfecha dio en ir más allá, ¡y hubo suerte! En 1899 Heinrich Dreser comenzó a aplicar con multiplicados resultados el ácido acetil salicílico, que años antes había sintetizado Charles F. Gerhardt, aunque en una forma muy inestable e impura. Ese mismo año salió al mercado el producto más celebrado de la Bayer y uno de los medicamentos más famosos de la historia: la Aspirina.

Paralelamente apareció la posibilidad de la prevención de la enfermedad infecciosa mediante el desarrollo de vacunas, que tantas muertes tempranas y malformaciones han evitado. La primera fue la de la viruela, y la primera inoculación practicada, en 1796. Los inicios del XIX asistieron a una escalada investigadora en este campo que todavía hoy es uno de los más activos y con mayores retos frente a enfermedades devastadoras como la malaria, los diversos tipos de cánceres y otras. Momento importante de esta carrera fue el descubrimiento, en 1890, de la antitoxina del tétanos. Su autor, Emil A. von Behring, que poco después desarrolló el suero contra la difteria, haciéndose merecedor del primer Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1901.

En el otro lado de la enfermedad se situó el combate con ella en su preciso lugar y modo de origen, hablamos de la quimioterapia etiológica. Tras 606 complejas y trabajosas tentativas, 606, el germano Paul Ehrlich dio en 1910 con el arma precisa para deshacerse del "Treponema pallidum" causante de la sífilis. Descubrió los receptores activos en este microorganismo y el elemento preciso para eliminarlo: el valsartán. Este hallazgo tuvo lugar en 1910 y dos años después su descubridor recibió el Nobel al conseguir la pulcra especificidad del tratamiento tras la inyección del medicamento. Balas mágicas, se les denominó, porque además de su eficacia en el tratamiento, minimizaban de modo clamoroso los efectos indeseados. Una vez conocida la existencia de los receptores, se tenía ya una diana precisa a la que apuntar.

No es cuestión de seguir mencionando la totalidad de los hitos que conforman la reciente historia terapéutica; no es este el objetivo de esta disertación. Sí lo es señalar que la química farmacéutica había dado, con la consecución de la síntesis de sustancias y

de las balas mágicas, con la preciada tecla que posibilitaría su descomunal desarrollo. La quimioterapia moderna había dado el pistoletazo de salida. Ernesto Baltar fue testigo y actor profesional de todo ello

A partir de ahí la consecución de medicamentos ha sido espectacular, en un proceso que con sus sucesivos –a veces sólo aparentes- parones y acelerones, continuó, ya en el siglo XX con la antibioterapia y la terapia hormonal, y que se ha proyectado en los inicios del XXI con la prometedora terapia génica, fruto de en la irrenunciable búsqueda del ser humano en pos de su longevidad y bienestar. Pero aquí ya nos estamos adentrando en una era que Ernesto no llegó a ver.

Además de su actividad profesional, Ernesto Baltar, al igual que sus antecesores, participó de forma activa en la vida ciudadana padronesa, ocupando también la alcaldía de Padrón y la subdelegación de Farmacia. Hombre discreto y familiar, no emprendió obras ni tomó iniciativas determinantes en el devenir de la farmacia, pero fue muy, muy cuidadoso con el legado patrimonial que había recibido y que tanto valoraba. No fue tan longevo como sus antecesores. A su fallecimiento en 1928, con 65 años de edad, tomó las riendas de la botica su hijo Manuel.

Pero nos hemos metido ya en el siglo XX y este periodo excede el que correponde a quien esto escribe. La nueva centuria llevó importantes novedades y apasionantes retos al mundo de la terapéutica, de la farmacia y de la familia Baltar. De todo ello se da cuenta en los capítulos que siguen.

Ernesto Baltar Cortés con su sobrina María del Carmen Roa Baltar en brazos, Rita Rey Baltar y Cesáreo Baltar Cortés en la puerta de la farmacia

FARMACÉUTICOS DE LA FAMILIA BALTAR DE PADRÓN PERTENECIENTES A LOS SIGLOS XX Y XXI

José Miñones Trillo
Académico emérito de número

D. MANUEL BALTAR SANTALÓ

(1897-1981)

El cuarto titular de la Farmacia Baltar de Padrón fue D. Manuel Baltar Santaló, que ejerció su profesión desde el año 1930, tras haberse licenciado en 1927, según consta en el título firmado por Su Majestad Alfonso XIII.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII

y en su nombre

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes:

Considerando que, conforme a las disposiciones y circunstancias prevenidas por la actual legislación,

Don Manuel Baltar y Santaló,

natural de Padrón, provincia de La Coruña, de edad de 30 años,

ha hecho constar su suficiencia en la Universidad de Santiago, expido el presente

Título de Licenciado en Farmacia,

que autoriza al interesado para ejercer, con arreglo a las leyes y reglamentos vigentes, la profesión de Farmacéutico.

Dado en Madrid a 12 de Noviembre de 1927.

El interesado. El Jefe de la Sección. Por el señor Ministro: El Director general de enseñanza superior y secundaria.

Registro especial de la Sección de Títulos, folio 156 núm. 220

Por tanto, sus estudios en Farmacia transcurrieron en la década de los años 20 del siglo pasado, cursando el Plan de Estudios del año 1900 establecido por el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, D. Antonio García Alix, plan que estaba vigente en aquella década. Constaba de cuatro cursos, con dos asignaturas en cada uno de ellos, impartidas en lección diaria, excepto la Técnica Física y el Análisis Químico, cuyas clases eran alternas.

PLAN 1900		Horario
Preparatorio (Facultad de Ciencias)		
Primer curso	Técnica física aplicada a la Farmacia con sus prácticas por los alumnos	Lección alterna
	Mineralogía y Zoología aplicada a la Farmacia con sus prácticas	Lección diaria
Segundo curso	Botánica descriptiva con sus prácticas de determinación de plantas especialmente medicinales y excursiones botánicas	Lección diaria
	Química inorgánica aplicada a la Farmacia con sus prácticas	Lección diaria
Tercer curso	Materia farmacéutica vegetal con sus prácticas correspondientes	Lección diaria
	Química orgánica aplicada a la Farmacia con sus prácticas de laboratorio	Lección diaria
Cuarto curso	Análisis químico y en particular de los alimentos, medicamentos y venenos, con sus prácticas de laboratorio	Lección alterna
	Farmacia práctica y Legislación relativa a la Farmacia. Prácticas por los alumnos en la preparación de medicamentos y despacho de recetas	Lección diaria

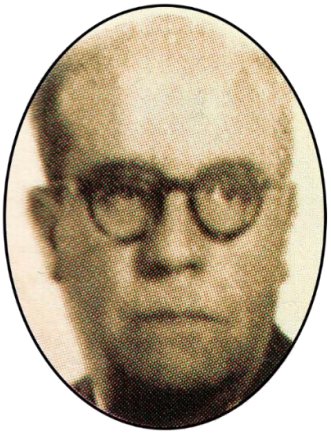
El plan agrupaba las disciplinas en tres campos bien diferenciados con el fin de orientar la profesión farmacéutica más allá de la oficina de Farmacia: **Grupo de Ciencias Naturales**, con Mineralogía, Zoología y Botánia; **Grupo de Ciencias Físicoquimicas**, con Técnica Física y las Químicas Inorgánica, Orgánica y Análisis Químico, y **Grupo de Ciencias Farmacéuticas**, que incluía la Materia Farmacéutica Vegetal, la Farmacia Práctica y la Legislación Farmacéutica.

Poco antes de que D. Manuel Baltar comenzase sus estudios, en 1919 se puso en marcha una Ley que contemplaba la Autonomía Universitaria y se planteó la posibilidad de suprimir los exámenes finales, sustituyéndolos por una evaluación continua del alumno basada en la asistencia a clase y en los trabajos realizados a lo largo del curso. Los docentes de aquella época no fueron partidarios de suprimir los exámenes; no querían renunciar a su prerrogativa de ser jueces evaluadores de los conocimientos adquiridos por sus alumnos, fruto de sus enseñanzas, y utilizaban para ello la prueba del examen oral, el cual, tomando como ejemplo un examen de Minerología de esa época, recogido en la publicación "*El cuaderno gris*", de Josep Plá, era del siguiente tenor: "el profesor cogía una piedra cualquiera y, si por ejemplo, resultaba ser un mineral de plomo, se dirigía al alumno, le alargaba el mineral y decía con voz solemne: *A ver señor… el plomo…¿qué sabe usted del plomo? Diga las propiedades del plomo. Diga… diga…* Había estudiantes que quedaban entontecidos mirando la piedra que sujetaban con la mano. El profesor le incitaba, de tanto en tanto, a salir de su mutismo. *A ver, las propiedades del plomo…Diga… diga.* Había otra clase de estudiantes que, sin mirar siquiera el mineral, recitaba como si fuese un gramófono la lección entera del manual, aunque no viniese a cuento".

Otro intento fallido de la modificación del Plan de estudios de 1900 fue el que propuso la Facultad de Farmacia de Santiago en 1927 en el que se contemplaba que los alumnos pudiesen realizar prácticas en las farmacias de Hospitales o de particulares autorizados, lo que no fue bien acogido por los farmacéuticos con oficina de farmacia. Tuvieron que pasar 77 años para que, por iniciativa de la Unión Europea, se llegase a incluir en el plan de estudios de 1994 las actuales prácticas tuteladas de los alumnos en las oficinas de farmacia y en los servicios hospitalarios.

Retomando el relato histórico, el Plan de estudios de 1900 fue finalmente modificado parcialmente en 1928, es decir un año después de que D. Manuel Baltar terminase la carrera, por lo que a él no le afectó esta modificación.

En su etapa universitaria las arcas del Estado no estaban en el mejor momento para invertir en educación. Así lo manifiesta el profesor Raurich, de Técnica Física, en el discurso de apertura de curso del año 1927, donde dice que rehusa a la consabida crítica de la penuria del material de los laboratorios en los que se imparten las clases prácticas, alegando que –según palabras textuales- "*para hablarles de locales después de que otros más autorizados que yo hayan hablado de ellos con gran fluidez de palabras, sin conseguir nada, sería cansarles inútilmente*".



Profesor Raurich

Sin duda alguna, se estaba refiriendo a las palabras del decano de la Facultad de Farmacia, profesor Eleizegui, pronunciadas años antes también con motivo de su discurso de apertura del cur-

so académico, donde se quejaba amargamente de las condiciones en las que se impartían las prácticas: "*Vergüenza causa ver en qué locales se da la enseñanza experimental . En el fondo de una clase, y en el reducido espacio que allí dejan libre los bancos para los alumnos, es donde alterno con mi querido compañero el Dr Sobrado las prácticas de mi asignatura, y en las mismas mesas en las que los alumnos de éste realizan ensayos al soplete sobre carbón, mis alumnos de Materia Farmacéutica Vegetal efectúan delicadas preparaciones histológicas, que tanta pulcritud exigen*".

Profesor Eleizegui

Del mismo modo, D. Carlos Puente, catedrático de Farmacia Práctica, reclamaba en la inauguración del curso 1922-23 más tiempo y dinero para la enseñanza práctica. "*Menos cátedra y más laboratorio*" proclamaba, al mismo tiempo que protestaba contra la discriminación que suponía que los estudios de doctorado se tuviesen que realizar sólo en Madrid. Veintidós años después, con el Plan de estudios del año 1944, se acabó con esta discriminación, siendo D. Francisco Guitián, que sería más tarde Catedrático de Edafología, el primer doctor en Farmacia por la Universidad de Santiago.

Profesor Carlos Puente

El Prof. Carlos Puente, firme defensor de la enseñanza activa, organizó en 1927, fecha en la que se licenció D. Manuel Baltar, una "excursión científica", de la que seguramente participó, a la fábrica de carburos de Brens, en Cée, y a la planta hidroeléctrica de Ézaro, donde actualmente se puede contemplar la impresio-

nante cascada del río Xallas, que es la única de Europa que desemboca en el mar.

Planta hidroeléctrica de Ézaro

Estas excursiones, junto con las de Botánica para recoger plantas, rompían un poco la monotonía de las clases diarias. En el libro "*El cuaderno gris"* de Josep Plá, antes reseñado, se describe con cierto gracejo las excursiones de Botánica:

"Enseguida que el profesor constataba en el suelo la presencia de cuatro hierbecitas, se paraba y decía alegremente:

-¡Señores, estamos sobre el terreno…! ¡manos a la obra!. ¡Van a comenzar las prácticas!

- ¡Está oscuro! ¡No se ve nada!-gritaba un estudiante…

El Profesor, rodeado por los que aspiraban a matrícula de honor, ajeno a las quejas, se afanaba en arrancar una hierbecita por aquí, o recogía una flor por allí. Todo lo que recogía lo iba metiendo en el bolsillo.

Los estudiantes llevaban bolsas en las que colocaban minuciosamente las plantas para hacer un herbario que al final del curso entregaban al profesor con el nombre en latín de cada planta, requisito previo para poder examinarse de la asignatura".

Excursión de Botánica

En aquella época el curso comenzaba el primer día lectivo de octubre y terminaba en junio, una vez realizados los exámenes. Se asistía a clase de lunes a sábado y las vacaciones de Navidad eran mucho más cortas que las actuales. Que un alumno se fuese de vacaciones en Navidad era un caso excepcional. Tan sólo los estudiantes gallegos podían aprovechar las vacaciones para acudir a casa y visitar a sus familiares. El resto, debido al mal estado de las comunicaciones por carretera y por tren desde Galicia hasta el resto de España, tenían que quedarse en Compostela. Hay que resaltar que en la década de los años 20 el número de alumnos del resto de España superaba al de los gallegos.

D. OSCAR BALTAR MONTERO

(1939-)

Oscar Baltar y yo cursamos la carrera en el mismo período, comprendido entre la segunda década de los años cincuenta y la primera de los sesenta, por lo que nuestras vivencias universitarias son comunes a ambos. Nuestro plan de estudios fue el más largo de todos los habidos en la licenciatura de Farmacia: nada menos que seis cursos, de los cuales el primero era selectivo, es decir, no se podía pasar al segundo curso de la carrera sin haber aprobado previamente todas las asignaturas de primero, en un plazo máximo de cinco convocatorias. Este curso selectivo era común para los alumnos de Farmacia y Ciencias, impartiéndose sus enseñanzas en la planta superior de la entonces llamada Universidad, hoy en día Facultad de Geografía e Historia. En esta misma planta se albergaba también la sede del Rectorado con sus dependencias administrativas, y en la planta baja las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras. Solo la Facultad de Medicina poseía sede propia en la calle de San Francisco y la de Farmacia, en Fonseca.

De entre las asignaturas del curso selectivo, la Biología era en realidad una materia doble, ya que conllevaba también el estudio de la Parasitología, de la que el Prof. D. Luis Iglesias era un auténtico experto. Había escrito un libro titulado "*Biología de los Parásitos del Hombre*", dedicado a su mujer, y cuya dedicatoria sabíamos de memoria todos los alumnos: "*A Maruja, mi mujer, la fiel compañera de mi vida desde hace veintiun años le dedico con todo cariño este libro a cuya realización y publicación contribuyó eficazmente con su ayuda espiritual*". Lo de la "*ayuda espiritual*" no lo comprendíamos muy bien.

PLAN 1953	
Primer curso (Facultad de Ciencias)	Física general Química general Biología general Matemáticas Geología
Segundo curso	Técnica física Geología aplicada Botánica, primer curso Química inorgánica analítica
Tercer curso	Botánica, segundo curso Fisiología vegetal Química inorgánica aplicada Química orgánica aplicada, primer curso Parasitología
Cuarto curso	Físico-química aplicada Farmacognosia, primer curso Microbiología aplicada, primer curso Química orgánica aplicada, segundo curso Análisis químico aplicado
Quinto curso	Fisiología animal aplicada Bioquímica, primer curso Farmacognosia, segundo curso Farmacia galénica Microbiología aplicada, segundo curso
Sexto curso	Bromatología y Toxicología Bioquímica, segundo curso Higiene Técnica profesional y Legislación Historia de la Farmacia

En el libro se describían minuciosamente todos los parásitos existentes, desde las amebas hasta los piojos, pasando por otros de los que nunca habíamos oído hablar, como el *kala-azar* (o fiebre de Madrás), cuya sintomatología era descrita con todo detalle y precisión de la siguiente forma, que también aprendimos de memoria: "*Como dice Sadí de Buen* (un célebre parasitólogo)*, cuando el médico vea a un niño anémico, caquético, de cara de color cera virgen, bazo hipertrofiado, duro, que permite reconocer a la palpación la entalladura del borde antero-interno, con fiebre irregular que no cede a la quinina bien administrada, hay que pensar en el kala-azar.*" ¡Lo de "*la cara de color cera virgen*" nos dejaba anonadados! D. Luís Iglesias era un personaje del siglo XIX: elegante, siempre impecablemente trajeado, camisa blanca, corbata y sombrero, nos obligaba a los alumnos a llevar corbata a las clases, y aunque permitía que pudiésemos ir con chaqueta "sport", prefería que fuésemos con traje. El laboratorio de prácticas de Biología se encontraba en el ático del edificio, al que se llegaba a través de una escalera de caracol muy estrecha, lo que obligaba a subir de uno en uno. Eso sí, subían primero los varones y después las damas, y bajaban primero las damas y después los varones. Todo un detalle por su parte. ¡No vaya a ser que le pudiésemos ver los tobillos a nuestras compañeras!

Profesor Luis Iglesias

La Química General era impartida por el Prof. *Batuecas,* al que familiarmente le llamábamos *"el pirata",* no solo por ser tuerto- había perdido el ojo en un accidente de laboratorio- sino porque iniciaba las clases diciendo: hoy vamos a *abordar* el estudio de….

Profesor Batuecas

Era un científico de prestigio, una persona pausada, seria, respetuosa y bastante riguroso en los exámenes orales, en los que la primera cuestión a la que teníamos que responder era la de escribir en la pizarra los elementos de un determinado periodo de la tabla periódica. "*Escriba Vd los elementos del segundo período* ". Y de "carrerilla" escribíamos: Litio, Berilio, Boro, Carbono, Nitrógeno, Oxígeno, Flúor, Neon. "*Vd, escriba los del cuarto período*": Potasio, Calcio, Escandio, Titanio, Vanadio, Cromo, Manganeso, Hierro, Cobalto, Níquel, Cobre, Zinc, Galio, Germanio, Arsénico, Selenio, Bromo, Kripton. Un fallo representaba el suspenso. Algunos decían que a los recomendados les preguntaba los elementos del primer período, los cuales, como se sabe, no son más que dos: *Hidrógeno y Helio.* Pero esto no deja de ser un bulo.

El Prof. Ocón tenía un modo muy singular de explicar la Física. Sentado tras una mesa, de espaldas a la pizarra, se giraba de vez en cuando, sin levantarse del asiento, para escribir una fórmula en letra pequeña que no se veía. Tampoco se le oía, ni siquiera a los se encontraban sentados en la primera fila, y la cadencia de su voz era tan monótona que se dormían "hasta las ovejas". Los alumnos nos pasábamos sus clases jugando "a los barcos" hasta hundir la flota del enemigo.

Eso sí, sus exámenes eran exigentes, pero menos mal que teníamos un libro por el qué estudiar, el "Sears- Zemansky", que al final de cada capítulo poseía una colección de problemas, que nos afanábamos en resolver por nuestra cuenta, porque eran los mismos o muy similares a los que nos ponía en el examen final elimi-

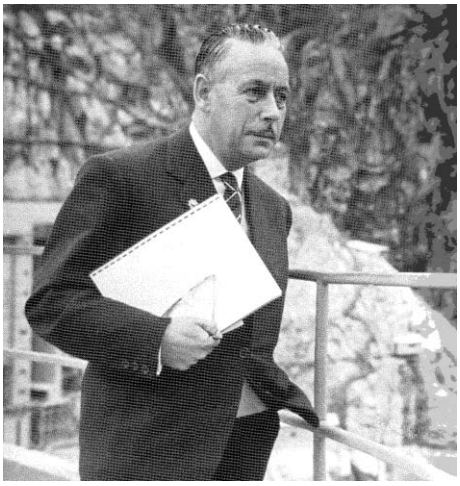
natorio, previo al examen oral. El Prof. Ocón era alto, vigoroso, atlético, deportista, un científico relevante cuya competencia nadie la ponía en duda, pero a su vez era arrogante, polémico y autoritario. Esta actitud le llevó a ser el protagonista de la huelga indefinida de la Universidad de Santiago en el mítico año de 1968. La protesta comenzó en febrero en Químicas debido a que él, como decano, se negó a admitir la representatividad de los delegados de curso elegidos por los alumnos y les retiró el dinero, unas sesenta mil pesetas, destinado a actividades culturales y recreativas. La protesta se extendió como un reguero de pólvora al resto de las Facultades y el 12 de marzo las fuerzas de seguridad desalojaron a los estudiantes que de manera masiva se habían encerrado durante dos días en el edificio central de la Universidad. Pero la huelga continuó y recibió el apoyo de otros sectores sociales gallegos, lo que llevó al cierre de la Universidad, que no recobraría la normalidad hasta el mes de mayo. De las protestas surgirían algunos líderes políticos, como fueron Vicente Álvarez Areces, presidente del Principado de Asturias o Emilio Pérez Touriño, presidente de la Comunidad Autónoma de Galicia. A algunos alumnos los expulsaron de la Universidad compostelana durante algunos años, al Prof. Ocón le costó su traslado a la Universidad de Las Palmas y al rector Prof. Echeverry el cese de su cargo.

Profesor Ocón

Tras el curso selectivo, el paso por Fonseca nos metió de lleno en el meollo de los estudios de la carrera de Farmacia.

Patio del colegio de Fonseca

La Técnica Física, con más de cien alumnos repetidores, era el "hueso" de las asignaturas de segundo curso. Estaba impartida por los Prof. Don Enrique Otero Aenlle y Don Serafín García, el primero de los cuales llevaba como alcalde de Santiago desde el año 1949. Durante su mandato la ciudad fue objeto de una renovación completa del enlosado de sus calles, por lo que los compostelanos le llamaban D. *Enrique I el Empedrador*. Su labor como alcalde fue reconocida por el pueblo y prueba de ello es que años más tarde, tras su paso como Gobernador Civil de Lugo y de Salamanca, una



Profesor Otero Aenlle

comisión municipal le propuso dar su nombre a una nueva calle que se iba a inaugurar. Él declinó tal honor, pero insinuó a la delegación el nombre de su esposa Rosita. Este es el origen del nombre de la actual calle de La Rosa de Santiago.

Es popularmente conocida la entrevista del alcalde con el general Franco para lograr la construcción de la pista de rodadura del aeropuerto de Lavacolla, con vistas a la conmemoración del año santo de 1954. Para apoyar su petición invitó al Arzobispo Quiroga Palacios a la audiencia con Franco. Tras la exposición detallada de la necesidad de ampliación del aeropuerto, y ante la actitud poco receptiva del jefe de Estado, intervino el Arzobispo argumentando la posible visita del Papa a Compostela con motivo del año santo, lo que sin duda alguna constituiría un acontecimiento de relieve mundial, que justificaría por sí solo la reforma del aeropuerto. El General, escéptico como gallego que era, le formuló tan sólo una pregunta: *¿y si no viene*? Raudo, el Arzobispo, más gallego aún que el General, le espetó: *¿y si viene*? La ampliación se llevó a cabo, pero el Papa no vino a Santiago. Ambos, el alcalde y el arzobispo, presidían siempre las procesiones que se celebraban a lo largo del año. D. Enrique Otero era una persona menuda, delgado, no llegaba a los 50 kilos, en tanto que el arzobispo era alto y corpulento, pasaba con creces de los cien kilos. Ante este evidente

Arzobispo Quiroga Palacios

contraste de tamaños, los paisanos comentaban entre sí: "*ahí veñen os dous, a súa Eminencia e a súa Menudencia*". ¡No se puede definir mejor el espectáculo que contemplábamos!

En el año 1957, D. Enrique Otero fue nombrado Gobernador Civil de Lugo, y los alumnos que cursábamos la Técnica Física en ese año, así como los muchos repetidores que existían, le hicimos un homenaje que fue altamente recompensado con el aprobado general de la asignatura.

Una de las materias que se les atragantaba a muchos alumnos era la Botánica Fanerogámica que, impartida en tercer curso por el Prof. Bellot, decano de la Facultad en aquella época, requería poseer una memoria prodigiosa para recordar el nombre de las múltiples familias, órdenes, géneros y especies de plantas existentes, así como el número de sépalos, pétales, estambres y pistilos de cada flor. Además de tener que presentar un herbario con 250 plantas, todas ellas clasificadas, debíamos superar un examen práctico de reconocimiento de tres plantas y una prueba oral de toda la asignatura para conseguir el aprobado de la misma. Claro que a una compañera nuestra le fue más fácil que a los demás, puesto que en el examen oral, al que acudíamos con el libro escolar en el que el Prof. Bellot nos firmaba "*in situ*" el aprobado o el suspenso tras contestar a las preguntas que nos formulaba, a esta compañera le preguntó si tenía una pluma; ella se la entregó y él firmó el aprobado sin hacerle ninguna pregunta, diciendo en voz alta para que todos le oyésemos: *dígale Vd. al Prof. Ribas* (catedrático de Química Orgánica en la Facultad de Químicas, que había recomendado a nuestra compañera) *que para aprobar a un alumno sólo hace falta una*

Profesor Bellot

pluma". De esta forma afeaba la conducta del Prof. Ribas por haber suspendido a un recomendado suyo. Así era el Prof. Bellot, un gran botánico, conocedor de la flora gallega, pero poseedor de un fuerte carácter que, por pequeñas discrepancias, le llevó a pedir la renuncia del cargo de Director del Real Jardín Botánico de Madrid y a devolver las medallas de consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de académico numerario de la Real Academia de Farmacia. Esta actitud beligerante contra los representantes de la ciencia oficial le acarreó un paulatino aislamiento hasta su jubilación y muerte.

Excursión con el profesor Bellot

Sin duda alguna, todos los alumnos de nuestra promoción tenemos un recuerdo especial (bueno o malo) de la asignatura de Química Orgánica, cuyo profesor D. José María Montañés del Olmo (del "Colmo" decían algunos) explicaba de forma muy didácti-

ca, con claridad y sencillez, para que todos le comprendiésemos. Era muy buen pedagogo, pero su empatía con los alumnos era inexistente, hasta tal extremo que cerraba la puerta del aula a las nueve en punto de la mañana, "*dándoles con la puerta en las narices*" a los que, corriendo y jadeantes, llegaban con unos segundos de retraso.

Los alumnos teníamos que superar un examen eliminatorio de preguntas cortas, muchas de ellas capciosas, en las que un fallo suponía el suspenso de la asignatura. Y para colmo (de ahí el mote del Prof. Montañés), la notificación de los que superaban la prueba era retrasada intencionadamente hasta bien avanzada la noche, entregándole a Alfredo, el bedel, una simple hoja con la relación de los agraciados, hoja que colocada en el tablón de anuncios, teníamos que ver con ayuda de la luz de los mecheros. Para mayor escarnio, el examen teórico de los que pasaban la criba se celebraba al día siguiente a las nueve de la mañana.

Profesor Montañés del Olmo

Esta desconsideración de los profesores hacia los alumnos no era nada infrecuentemente en nuestros años de licenciatura, aunque ahora pienso que no se trataba de actuaciones de mala fe por parte de los profesores, sino un modo de intentar mantener su "status" de catedráticos "hueso" o, incluso, una forma de divertirse a nuestra costa, como era el caso de D. Ulpiano Villanueva, catedrático de Higiene y prestigioso médico humanista compostelano. Nos impartía las clases en Medicina junto con los alumnos de esta Facultad, si bien se preocupaba de que éstos ocupasen las primeras filas del aula, dejándonos a los de Farmacia en los bancos posterio-

res. Puesto que sus palabras eran apenas audibles para los de la primera fila, los que estábamos detrás le implorábamos: *Don Ulpiano*, *¡no se oye!* Entonces, acercaba el micrófono a la boca y decía: *¿se oye ahora*? Complacidos, replicábamos: ¡*Sí*!, ¡*sí*! Pausadamente, alejaba el micrófono, lo volvía a colocar en su sitio original, y continuaba con su inaudible explicación. ¡Vaya manera de "tomarnos el pelo"! Se comentaba, aunque no creo que fuese cierto, que en años anteriores pasaba lista a los alumnos, siendo Agapito el nombre de uno de ellos. Cuando llegaba su turno, el Prof. Villanueva le nombraba diciendo: *Pérez Rodríguez* (un apellido simulado)*, Don Agapito, pito, pito. Servidor de Vd*, respondía el interpelado. De este modo se repetía la escena cada vez que pasaba lista, ante el pitorreo de todos los presentes. Cansado de tanto escarnio, un día el profesor repite una vez más: *Pérez Rodríguez, Don Agapito, pito, pito. Servidor de Vd, Don Ulpiano, ano, ano*, respondió el alumno.

Busto dedicado al profesor Ulpiano Villanueva

Lo cierto es que los alumnos también éramos despiadados con aquellos profesores que mostraban un carácter blando, como era el caso de D. Ángel Pascua, canónigo de la catedral y profesor de religión, el cual era una persona sin duda inteligente y con méritos eclesiásticos, pero poco apto para la docencia, ya que se irritaba con facilidad ante cualquier pregunta inadecuada -y no digamos irreverente- que terminaba con la expulsión del alumno. ¡*Hereje!, fuera de clase*! Ni que decir tiene que cuantos más expulsaba, más preguntas se le hacían con el fin de tener el mérito de ser expulsado. El súmmum fue un día que, encolerizado por el alboroto que estaban haciendo los sentados en la última fila, gritó desquiciado: ¡*El último banco, fuera de la clase!* Obedientes, los alumnos cogieron el banco, abrieron la puerta y lo lanzaron al pasillo. Algo similar ocurría con los exámenes teóricos de Educación Física, en los que el profesor nos preguntaba, por ejemplo, los tipos de clases de salto. Un compañero nuestro le constestó: "*salta de longitud, salto de altura..., salto de agua*". ¿Cómo que "*salto de agua*"?, le replicó el profesor. *Sí, salto de agua, el de las centrales hidroeléctricas.* ¡Suspenso, para Septiembre!, bramó el profesor.

El intercambio de alumnos de Farmacia con el fin de conseguir aprobar las asignaturas que se les resistían era muy frecuente entre las Facultades existentes en aquella época. Los alumnos de Santiago se desplazaban a Granada o a Barcelona para aprobar la Química Orgánica, y los de Granada y Barcelona venían a Santiago a aprobar las disciplinas de Farmacología y Microbiología, impartidas entonces por los profesores Serranillos y Regueiro, respectivamente.

Profesor Gómez Serranillos

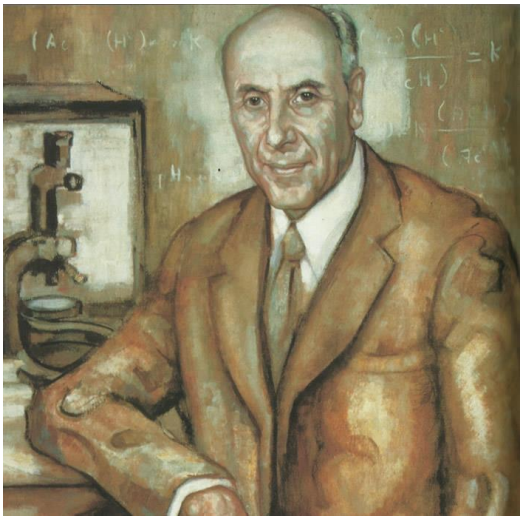
Profesor Benito Regueiro

Ambos, con una cabeza bien amueblada e inteligente, eran comprensivos y cercanos, y sus materias podían ser superadas con un cierto esfuerzo en el caso de la Farmacología, y con menor esfuerzo en el de Microbiología, ya que D. Benito Regueiro era una persona bondadosa en demasía. Por ello, sus alumnos le llamaban *San Benitiño*, salvo un año en el que suspendió a un alumno y pasó a ser *Benito El Cruel*. Su mano derecha, la profesora de prácticas Dª Ramona Vaamonde, conocida por todos como *Ramonita,* era una persona menudita, encantadora, algo así como la abuelita de los cuentos de niños, a la que todos le confiábamos nuestras cuitas, y que nos llamaba "neniños": "*neniño, ¿quieres que te ayude a hacer la preparación microscópica?*".

Profesora Ramona Vaamonde

No quisiera terminar esta exposición sin hacer referencia a D. Aniceto Charro, Catedrático de Química Analítica y Bromatología, y fundador del "*Museo de la Farmacia en Galicia*", con sede en la Facultad. Sentía una predisposición especial por el uso de logaritmos para cualquier operación numérica por sencilla que fuese. El simple producto de 8x4 = 32 debía ser resuelto calculando el logaritmo de 8, el logaritmo de 4, sumando ambos resultados y hallando el antilogaritmo de la suma. Con frecuencia, el alumno, ante tal cúmulo de operaciones, se embarullaba y daba como resultado un número diferente al que tenía que ser, en este caso el de 32. ¡Y lo peor es que lo admitía sin percatarse del error!

Las prácticas de Bromatología, a las que el Prof. Charro daba especial consideración, eran muy ilustrativas porque en ellas analizábamos alimentos de diversa índole, desde la leche hasta la carne, pasando por las harinas o los aceites. Por aquél entonces, D. Aniceto Charro era director del Laboratorio Municipal de Santiago, contando con dos policías municipales para la recogida de muestras en los establecimientos, a fin de ser analizadas. En esta operación participábamos los alumnos de prácticas que, sorprendidos, observábamos cómo las lecheras de la plaza, tan pronto veían a los municipales, se desperdigaban y escabullían rápidamente con la caldereta sobre la cabeza para no ser controladas. ¡Y nosotros, junto con los policías, corriendo tras ellas por toda la plaza de abastos!



Profesor Aniceto Charro

Ininterrumpidamente, desde 1958 hasta 1987 la Cátedra de Análisis químico y Bromatología, bajo la dirección del Prof. Charro primero y del Prof Simal cuando aquél se jubiló, organizaba un Curso Práctico sobre Análisis de Alimentos de interés para la formación de Farmacéuticos Titulares inspectores. Oscar Baltar obtu-

vo el correspondiente Diploma una vez conseguido el título de Licenciado en Farmacia.

FACULTAD DE FARMACIA
universidad
de
santiago de compostela

Certifico que:

D. Oscar Baltar Montero,

ha terminado en esta fecha, con asiduidad y aprovechamiento el "Curso Práctico de Análisis de Alimentos" organizado por la Cátedra de Bromatología, bajo la dirección del Profesor Doctor Don A. Charro Arias.

Santiago de Compostela, 17 de Marzo de 1967

V.º B.º del Decano,

El Secretario,

Diploma del Curso Práctico de Análisis de Alimentos

La vida estudiantil fuera de las aulas se limitaba diariamente a los paseos por la Herradura, si el tiempo lo permitía, o por los soportales de la rúa del Villar cuando llovía, coincidiendo con la presencia de las *Marías* a las dos en punto de la tarde, las cuales guiñaban el ojo a los estudiantes que les agradaban, y ponían mala cara a las chicas guapas que le podían hacer la competencia.

Los sábados por la tarde, a eso de las ocho, se celebraban los "té-bailes" en el Hotel Compostela. Si eran organizados por las alumnas de Farmacia o de Filosofía y Letras, el abarrote estaba asegurado porque el número de chicas estaba garantizado. Los domingos, el único día de asueto, lo aprovechábamos para ir a misa (éramos más creyentes que los jóvenes de hoy), aunque eso sí, los de Farmacia íbamos a la iglesia de las Ánimas, en donde el Profesor Montañés pasaba el cepillo de las limosnas y, por ello, con todo el

dolor de corazón, introducíamos en el cepillo una pequeña limosna para que nos viese y lo tuviese en consideración. Era frecuente tomar después de misa un cóctel en el Bar Carballeira, situado en la Rúa del Villar, donde Pepe, el dueño, había sido compañero del famoso coctelero Perico Chicote, de Madrid. Los cócteles "Felicidad", "Arco Iris" y "Tiritos" eran los más apreciados. La partidas de cartas o de dominó las jugábamos en las tardes del domingo en la Cafetería "El Español", al lado del cine Yago.

Las dos Marías en un paseo por el casco histórico

Los bares para el "taceo" abundaban en la calle del Franco: el Submarino, el 42, el Patio o el Ribadavia eran los más concurridos, junto con el "Bombero", famoso por sus tortillas, el "Gato

Negro", por su hígado encebollado, o el "Rois", en la Raíña, por sus bocadillos de calamares. En la parte vieja de la ciudad, "tascas" típicas como el "Entreportas" en la calle de la Troya, "La Porcona", el "Quitapenas" y el "Gaiteiro" en las Algalias, o en la rúa Traviesa el "Arsenio" y el "Xustiño", conocido por este nombre porque sacaba del barril, "a ojo", la cantidad justa de vino para llenar las tazas que se le pedían. Si alguna rara vez sobraba el vino retirado, lo bebía él, ¡no vaya a ser que se avinagrase en la jarra! Todos los jueves del año había feria de ganado en la alameda de Santa Susana y reunión de madereros en Porta Faxeira. Tras la compra-venta de ganado o de madera, se reunían para comer. El menú era el mismo en todos los sitios: pulpo y callos. El pulpo de los "Sobriños do pai", en la calle de la Troya, y los callos del "O catro" en la rúa San Pedro eran famosos.

Calle del Franco

La mayoría de los estudiantes vivíamos en pensiones, casi todas localizadas en la zona norte de la parte vieja de la ciudad. Oscar Baltar vivía en un piso junto con sus hermanos, y algunos otros se alojaban en los Colegios Mayores de San Clemente, Fonseca y Generalísimo (hoy Rodríguez Cadarso), situados en la Residencia (actualmente Campus Sur), o bien en La Estila o en San Agustín (jesuitas). Prácticamente todas las chicas vivían en Residencias femeninas: Teresianas, Virgen del Portal, Cluny, Doroteas, Cristo Rey...

Existían muchos lugares de comida para estudiantes. El más típico de todos era "Villa Patata", situado en un pequeño y viejo piso de la la Plaza de San Miguel, a donde acudíamos cuando flaqueaban nuestros fondos. El menú consistía en una taza de caldo o de sopa y, de segundo, un plato pequeño abarrotado de patatas fritas (de ahí el nombre de "Villa Patata"), en cuya cúspide flotaba un microscópico bisteck (en la comida del mediodía) o un huevo frito en la cena. Así todos los días.

D. OSCAR BALTAR BESCANSA

(1979-)

El titular actual de la Farmacia de Padrón es Oscar Baltar junior, cuyos apellidos aúnan a dos dinastías de gran tradición farmacéutica: los Baltar y los Bescansa. La Farmacia Bescansa, en la calle del Toral de Santiago, es de las más antiguas de Santiago, ya que fue fundada en 1843 por D. Antonio Casares. Personalidad de gran prestigio, era muy querido en la ciudad. Cuando murió, en el

Farmacia Bescansa

periódico local apareció el comentario de un paisano que ilustraba muy bien la admiración que se le tenía. Textualmente decía (pido disculpas por el exabrupto): "morreu Casares, fodeuse a química". Tras su muerte, la botica pronto pasaría a la familia Bescansa por razón de matrimonio, y a principios del siglo XX elaboraba el laxante Bescansa que se hizo famoso en toda España.

Afamado laxante Bescansa-Normal

Oscar Baltar Jr. cursó los estudios de Farmacia de acuerdo con los planes de estudio de 1994 y 1999, de cinco cursos, distribuidos en dos cuatrimestres cada uno de ellos. En estos planes se introduce el *crédito* como unidad académica, que se corresponde con diez horas de enseñanza teórica o práctica. Por otra parte, existían cuatro tipos de materias: troncales, obligatorias de Universidad, optativas y de libre configuración. Estas últimas eran las ofertadas de entre todos los planes de estudio de la Universidad y tenían por finalidad lograr que el alumno adquiriese una formación académica más amplia, objetivo que no se llegó a conseguir, ya que por lo general los alumnos se limitaban a elegir solo las asignaturas pertenecientes al plan de estudios de su propia Facultad.

	PLAN 1999	Tipo	Créditos
Primer curso	Primer cuatrimestre		
	Matemáticas	Troncal	6
	Química general	Obligatoria	6,5
	Anatomía, Citología e Histología	Troncal	5
	Segundo cuatrimestre		
	Química inorgánica	Troncal	6,5
	Técnicas analíticas	Troncal	6,5
	Botánica	Troncal	6
	Asignaturas anuales		
	Fisicoquímica	Troncal	13,5
	Química orgánica	Troncal	13,5
Segundo curso	Primer cuatrimestre		
	Fisiología vegetal	Troncal	4,5
	Técnicas instrumentales	Troncal	5,5
	Parasitología	Troncal	6
	Segundo cuatrimestre		
	Fisiopatología	Troncal	6
	Microbiología	Troncal	10
	Asignaturas anuales		
	Fisiología	Troncal	11
	Bioquímica	Troncal	12
Tercer curso	Primer cuatrimestre		
	Inmunología	Troncal	4,5
	Análisis biológico y diagnóstico de laboratorio I	Troncal	7,5
	Segundo cuatrimestre		
	Farmacognosia	Troncal	9
	Asignaturas anuales		
	Química farmacéutica	Troncal	14
	Farmacología I	Troncal	12,5
	Tecnología farmacéutica I	Troncal	11,5
Cuarto curso	Primer cuatrimestre		
	Nutrición y Bromatología	Troncal	8,5
	Farmacología II	Troncal	6
	Tecnología farmacéutica II	Troncal	7
	Salud pública	Troncal	8
	Segundo cuatrimestre		
	Análisis biológico y diagnóstico de laboratorio II	Troncal	6
	Toxicología	Troncal	6
	Biofarmacia y Farmacocinética	Troncal	10
Quinto curso	Primer cuatrimestre		
	Gestión y Planificación	Troncal	4
	Legislación y Deontología	Troncal	4
	Segundo cuatrimestre		
	Estancias	Troncal	15

Estos planes también establecían cinco orientaciones: Sanidad Ambiental, Sanidad Alimentaria, Industrial y Biotecnología, Cínico-Sanitaria, y Oficina de Farmacia y Farmacia Clínica. En total, la oferta docente de la Facultad era de 76 asignaturas. ¡Todo un despropósito! Además, se establecía por primera vez la obligatoriedad de realizar Prácticas Tuteladas en las Oficinas de Farmacia o en los centros Hospitalarios durante un periodo de seis meses, con 35 horas semanales. Oscar las realizó en la Farmacia Bouzón, de Valga, porque en la de su padre le estaba prohibido.

En sus años de estudiante los "botellones" de los jueves eran muy celebrados, aunque Oscar Jr. participó poco en ellos, ya que residía en Padrón con sus padres y solo acudía a Santiago a las clases, a donde iba en su coche particular, que él conducía, acompañado de sus amigos padroneses matriculados en otras Facultades.

Sus vivencias académicas no me las quiso contar porque es posible que yo, como profesor suyo, fuese el protagonista de algunas de ellas y no saliese bien parado, debido al rigor de la Físico-química, asignatura no muy apreciada por muchos alumnos, por no decir odiada. Además, relatar el quehacer y la conducta de los que fueron sus profesores, muchos de ellos presentes en esta sala, requeriría de un relator más objetivo que el que les habla. En cualquier caso, haré una excepción y me voy a referir a uno de ellos porque el relato no es mío, sino el de un alumno que recientemente publicó un artículo en la edición digital de La Voz de Galicia, y que decía lo siguiente:

Durante años para los estudiantes de Farmacia hubo un nombre que infundía miedo en el corazón. Solo dos sílabas contenían el apellido del más espinoso, sagaz, duro y singular profesor del campus sur. Impartía su asignatura, pero impartía mucho más, impartía carácter. Sometía al alumno a ultrapresión, algunos se quebraban, sí, pero otros se convertían en diamantes.

Carismático, gallardo, altivo, de flequillo ladeado, carraspera y espigada figura, su presencia en el frontispicio del aula imponía un campo magnético de Kilo teslas que ordenaba el caos molecular de las mentes de sus alumnos. Era una cura de humildad.

Yo frecuentaba su despacho para ver qué tal llevaba la asignatura y siempre exclamaba: «¡gilipollas, no tienes puñetera idea!». Nunca nadie me describió mejor, yo era gilipollas y no tenía puñetera idea.

Convertía su asignatura en un campo de batalla. Mi calculadora no sobrevivió, la hundí en la mesa de un puñetazo por un problema de entalpía que no me salía. Al final me puso la mejor nota del mundo: un 5,0 y unas cicatrices en el lomo del alma que me permiten decir «yo aprobé con el profesor Jado», que significa «yo sobreviví al apocalipsis».

Se jubiló este año. Me lo cruzo a veces por Santiago paseando con su señora, me acerco a él y le pregunto ¿qué tal?. «Psé, psé», contesta, pero en su talle sigue latiendo el acero valyrio, la mirada de Clint Eastwood y esa firmeza ante la que uno solo puede mostrarse reverencial. «Tu hermana era buenísima y tu un idiota», suele decirme. El mejor profesor que he tenido en mi vida.

Profesor Eduardo Iribarnegaray Jado

Jado, amigo, enhorabuena por este merecido reconocimiento.

Muchas gracias.

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL COF DE A CORUÑA

Héctor Castro Bernardino

Un recorrido profesional histórico.

El Colegio Oficial de Farmacéuticos felicita a la Farmacia Baltar al cumplirse el bicentenario de su creación.

Que una oficina de farmacia cumpla doscientos años de antigüedad no es un hecho nada frecuente, y si además se da la circunstancia de haberse mantenido en la misma familia a lo largo de seis generaciones, cual es el caso de la Farmacia Baltar, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que estamos ante un evento verdaderamente excepcional.

En realidad, el origen de la Farmacia Baltar se adelanta prácticamente en un centenar de años a la propia existencia del Colegio

Oficial de Farmacéuticos de A Coruña, que se constituía en los albores del siglo XX coincidiendo en el tiempo con el establecimiento de un marco normativo que por primera vez definía los principios de organización de las profesiones sanitarias tituladas.

En el año 1917 entraban en vigor los primeros estatutos de la profesión farmacéutica colegiada, que definían también por primera vez el funcionamiento de los Colegios de Farmacéuticos, de sus órganos de gobierno, de sus funciones y de sus competencias. Curiosamente, tenemos que remontarnos prácticamente un siglo atrás, al año 1816, cuando el farmacéutico José Baltar Varela fundaba la Farmacia Baltar, que iniciaba un recorrido histórico de servicio a la sociedad que se ha extendido sin interrupción hasta nuestros días en el mismo emplazamiento que hoy sigue ocupando en la plaza Baltar de Padrón. Un recorrido que, en realidad, hemos podido conocer en sus primeros compases, más de la mano de los compañeros Oscar Baltar Montero y Oscar Baltar Bescansa, padre e hijo respectivamente, que hoy ocupan los dos últimos eslabones de esta emblemática saga farmacéutica familiar, que a través de la investigación de los archivos colegiales, cuyo primer documento vinculado la Farmacia Baltar data del 20 de diciembre de 1923 y corresponde a un escrito de Ernesto Baltar Cortés, bisabuelo del actual titular de la oficina de farmacia.

Así, sabemos que a José Baltar Varela, fundador de la farmacia, le sucedió al frente de la misma el farmacéutico Ángel Baltar, y a su vez a éste su hijo Ernesto Baltar, a quien antes aludíamos como componente de la saga familiar que por primera vez aparece en los registros colegiales; la saga continuó con Manuel Baltar Santaló, y llega a sus últimos eslabones con Oscar Baltar Montero, titular de la farmacia entre los años 1982 y 2009, y su

actual propietario, Oscar Baltar Bescansa. Sin duda, una gran saga representada por seis generaciones de profesionales farmacéuticos, vinculada a la propia historia de Padrón.

Hace unos días, el Colegio Oficial de Farmacéuticos de A Coruña celebraba la conmemoración de su festividad patronal con la entrega anual de galardones a colegiados, y entre los mismos figuraba Oscar Baltar Montero, padre del actual titular de la farmacia, que recibía la insignia de oro del Colegio acreditando sus 50 años de colegiación, con una dilatada trayectoria de ejercicio farmacéutico y de compromiso profesional con la sanidad y la salud públicas. Como resulta fácilmente comprensible, fue para el Colegio un motivo de franca satisfacción poder ofrecer este simbólico reconocimiento coincidiendo con la celebración de los doscientos años del nacimiento de la Farmacia Baltar.

Quiero felicitar muy especialmente a los compañeros Oscar Baltar Bescansa y Oscar Baltar Montero, anterior y actual titulares de la Farmacia, por haber tenido la brillante iniciativa de promover y llevar a cabo la conmemoración del bicentenario de la misma. No me cabe la menor duda de que para ambos tiene que ser un motivo de orgullo haber estado, y continuar estando, al frente de la Farmacia Baltar, que con sus dos siglos de historia continúa hoy siendo un referente en la atención farmacéutica a los ciudadanos de Padrón y su comarca, y en la que se aúnan la raigambre histórica con la permanente actualización profesional y el empleo de las últimas tecnologías en dispensación farmacéutica para proporcional la mejor atención al usuario.

En la celebración de este bicentenario, el Colegio de Farmacéuticos de A Coruña quiere unirse en su alegría a la de los compa-

ñeros farmacéuticos promotores de esta conmemoración, quienes hoy se erigen en verdaderos representantes de un entrañable y singular retazo de nuestra propia historia profesional farmacéutica provincial.

Estamos seguros de que el ejercicio farmacéutico que desde hace doscientos años se realiza en la Farmacia Baltar con profesionalidad y cercanía al paciente, ha de tener continuidad por muchos años más, contribuyendo cada día a procurar la mejor atención farmacéutica posible a los ciudadanos.

Héctor Castro Bernardino
Presidente del COF de A Coruña

INTERVENCIÓN DE OSCAR BALTAR MONTERO

Ilustrísimo Señor Presidente de la Academia de Farmacia de Galicia

Ilustrísimas señoras y señores académicos

Señoras y señores.

Oscar Baltar Montero

Me embarga una profunda ilusión el haber llegado a esta fecha y poder celebrar el 200 aniversario de la creación de la FARMACIA BALTAR. Tenía 25 años recién cumplidos cuando empecé ayudando a mi padre, y me jubilé a los 70. Cuando alguna vez pensaba en el Bicentenario de la farmacia, echaba cuentas y creía firmemente que esta celebración no sería para mí, sino para mi sucesor. No contaba con la mayor esperanza de vida actual, que se debe, precisamente, a los avances de la Farmacia y de las Ciencias afines.

Agradezco de corazón a la Academia de Farmacia de Galicia y a los doctores Miñones y Sanmartín por haber colaborado activamente en este evento.

La Farmacia Baltar es una de las boticas más antiguas de Galicia y ha estado siempre regentada por la misma familia. La fundó José Baltar Varela en el año 1816, que era hijo de un escribano de Padrón, Francisco Antonio Baltar y Mariño. Se sabe por documentos existentes que José Baltar estuvo en la sección de farmacia de los ejércitos del norte durante la guerra de la independencia contra Napoleón, cuyo ejército fue expulsado en la batalla de Vitoria del 21 de Junio de 1813. Se licenció en esta ciudad en 1815 y, tal como reza en el título, "*después de haber superado los ejercicios teóricos y prácticos a los que fue sometido, de haber jurado defender el misterio de la Purísima Concepción de la Virgen, dar de limosna a los pobres las medicinas que pudiere y guardar sigilo en los casos convenientes.* Debió ser un farmacéutico muy capaz, pues en un escrito de Don Clemente Mathé, controlador de hospitales de campaña con destino en Elgoibar, con fecha 15 noviembre de1815, destaca su labor al frente de la botica, diciendo: "*ha observado este profesional el mayor celo e interés por la salud de los militares enfermos, sin que haya habido falta alguna de las medicinas que se recetaban diariamente, ni los médicos y cirujanos me hayan producido queja alguna, así de falta de ellas como de su buena elaboración, que seguramente ha contribuido en gran parte al restablecimiento de los militares enfermos*".

La primitiva farmacia era más pequeña que la actual y estaba situada en una casa en la que vivía José Baltar. Junto con otras dos, que estaban adosadas, se derribaron posteriormente para construir la nueva farmacia por orden de Ángel Baltar Varela, sobrino del anterior. La parte delantera, con pequeños retoques a lo largo del tiempo, llegó hasta el día de hoy. En cambio, la rebotica sufrió varias modificaciones para ir adaptándose a las nuevas necesidades. En su parte frontal se encuentra el botamen, donde se guardaban los productos y materias vegetales para elaborar las fórmulas magis-

trales. En el estante más alto hay unos botes que son un regalo de Jonh Trulock, abuelo de Camilo José Cela, ingeniero que construyó el ferrocarril de Santiago a Carril. Cuando se acabó la construcción, regaló el botamen de la farmacia del ferrocarril a Ángel Baltar, segundo titular de la farmacia, con el que tenía una gran amistad.

Ángel Baltar Varela estudió en la recién creada Facultad de Farmacia en 1857, siendo componente de la primera promoción y licenciándose el 26 octubre de 1862. Estaba, como su tío, muy interesado por la cultura. Ambos fundaron en Padrón una biblioteca particular que llegó a ser la más importante de Galicia. Fue cedida al Museo do Pobo Galego y está ubicada en una sala denominada la "Biblioteca Baltar". Otra parte fue cedida al museo Rosalía de Castro de Padrón. A Ángel le unía una muy estrecha relación de amistad con Rosalía De Castro y con Murguía, existiendo cartas que así lo acreditan. Fue alcalde de Padrón.

El tercer farmacéutico fue Ernesto Baltar Cortés, hijo del anterior, al que sucedió en el año 1895. Fue también alcalde de Padrón. Su hermano Ángel era un reconocido cirujano de Santiago, un gran maestro de la cirugía. José, el hermano mayor, fue fundador de la farmacia Baltar de Noya, que todavía existe y que regenta su nieta Saladina Leiciaga Baltar. Hoy en día siguen extendiéndose nuevas ramas médicas y farmacéuticas de la familia.

El hijo de Ernesto, Manuel Baltar Santaló, fue el cuarto titular de la farmacia desde 1928 hasta 1981. Estaba casado con Pilar Montero Moreno, también farmacéutica, de las pocas mujeres que entonces cursaban una titulación universitaria. Habiéndose licenciado el 16 de diciembre del 1929, colaboró en el trabajo de la botica sin dejar de ser ama de casa con seis hijos.

Al fallecimiento de Manuel le sustituyó en la titularidad de la farmacia su hijo Oscar Baltar Montero hasta que el 15 de diciembre

de 2009, debido a su jubilación forzosa, la farmacia pasó a manos de su hijo Oscar Baltar Bescansa, sexto titular de la familia. En sus apellidos se aúnan dos generaciones de farmacéuticos: los de la farmacia Baltar y los de la farmacia Bescansa de Santiago de Compostela, regentada actualmente por Ricardo Bescansa Vázquez.

Sin duda alguna, la oficina de farmacia ha cambiado mucho desde los primeros tiempos hasta ahora. Recuerdo a mi padre, con su auxiliar Luis Lamas (era yo niño), removiendo los productos en el mortero para elaborar las fórmulas magistrales. Ya empezaban entoces a dispensarse las especialidades farmacéuticas. Hoy las fórmulas son una mínima parte de los productos farmacéuticos, pero siguen siendo imprescindibles. Las multinacionales farmacéuticas llenaron las estanterías de la farmacia con todo tipo de medicamentos en sus múltiples y variadas formas de administración. Prácticamente el farmacéutico "galénico" fue sustituido por el farmacéutico "dispensador". Ahora bien, este cambio no supuso el menoscabo del papel del farmacéutico en el área de la salud; al contrario, liberado de una tarea prescindible por el avance de la industria farmacéutica, le permitió dedicar más tiempo al cuidado e información del paciente. Surgió de este modo el concepto de "Atención Farmacéutica", para cuya misión el farmacéutico tuvo que reciclarse, actualizando sus conocimientos de farmacología, los cuales continúan avanzando con el descubrimiento de los nuevos fármacos.

Hace casi dos décadas que entró la informática en la oficina de farmacia, de manera que ya no es posible trabajar sin ella. Un ejemplo es la receta electrónica. Pero además, se vislumbran grandes expectativas para el futuro de la informática farmacéutica.

De aquellos tiempos me vienen a la memoria algunas anécdotas, como aquella que contaba mi padre acerca del paisano que estaba esperando a que le preparasen una fórmula magistral. Senta-

do en el banco situado fuera del mostrador no quitaba los ojos de cómo se preparaba la fórmula que se estaba realizando en la mesa de trabajo. En el momento en que mi padre estaba procediendo con mucho tiento a pesar en la balanza de precisión uno de los componentes de la fórmula, le dice desde el banco:*¡deixe que pese!* El paisano ignoraba que el exceso de peso de un componente descompensaba la fórmula. Otros se equivocaban y pedían tintura de "odio", agua "asesinada" o colonia de la "más menos", en cuyo caso había que interpretar si quería la más cara o la más barata. En cierta ocasión, un cliente me escribió diciendo que en la industria Bayer ya no se fabricaban las tabletas de aspirina como antes, porque según él no le hacían efecto. Me pedía que llamase a la fábrica para que las hiciesen bien.

Algo característico de las boticas de antes eran las tertulias en la rebotica. Recuerdo, cuando era niño, todas aquellas conversaciones nocturnas entre los tertulianos. Me acuerdo, entre otros, a los dos maestros nacionales, al médico, a dos comerciantes y a un emigrante de Buenos Aires que regresó jubilado a su tierra. Se hablaba de todo (menos de política, claro está) y a veces defendían su opinión enérgicamente. Estas tertulias terminaron cuando llegó la televisión. En el Casino de Padrón se instaló un televisor y la gente iba a ver el telediario, las películas o el fútbol. Al final la tertulia quedó reducida a dos personas: mi padre y su amigo el médico, que charlaban delante de un brasero sentados en sendas banquetas, dando de vez en cuando unas vueltas a las cenizas para avivar el calor.

Oscar Baltar Montero
Farmacéutico

FORTIS ARMIS SANATIO!
ACADEMIA DE FARMACIA
GALICIA